

dominio de la Escolástica, y es una monografía sobre el punto teológico que expresa su título: *De effectibus formalibus gratiæ habitualis*: excelente exposición de los que la divina gracia habitual causa en el alma del justo, santificándola, haciéndola hija adoptiva de Dios, participante de la naturaleza divina, y lo demás que sobre esta importante materia enseñan la revelación y la Teología. Puédesse mencionar aquí el breve tratado canónico-moral *De confessariis nostris*.

*Los Milagros del Evangelio*, que acaba de dar a luz el P. Eustaquio Ugarte, son una ampliación del curso de conferencias apologéticas tenidas en el Instituto Católico de Artes e Industrias en Madrid, y contienen una buena exposición de la doctrina del milagro en general y de cada uno de los obrados por Jesucristo y narrados en los Evangelios.

De muy distinto género, pero perteneciente también a las ciencias eclesiásticas, es la gran *Colección de Bulas Breves y otros documentos relativos a las iglesias de América y Filipinas*, formada por el P. Francisco Javier Hernáez, comisionado para ello por el segundo Concilio Provincial de Quito, celebrado en 1869. Aunque incompleta, como una de las primeras tentativas en materia tan vasta, es obra de gran mérito, que encierra en sus dos gruesos volúmenes muchos centenares de documentos.

Entrando en el campo de la Filosofía y del Derecho, encontramos desde luego las *Prælectiones* del P. Juan José Urráburu, extensa obra en siete tomos en 4.º, de más de mil páginas algunos de ellos, que comprende la exposición y demostración de las doctrinas escolásticas comúnmente recibidas, discusión de las controvertidas, refutación de los errores filosóficos antiguos y sobre todo de los nuevos y de las teorías modernas no bien fundadas en las ciencias experimentales. En extensión material y en la amplitud con que las materias están desenvueltas, es seguramente la primera obra filosófica del siglo XIX; y a pocas cederá en solidez, claridad y fuerza de argumentación. Acabada la publicación de tan amplias *Prælectiones*, su mismo autor las redujo a breve compendio que pudiera servir de texto para los cursos de Filosofía. Con el mismo fin de que pudiera servir de texto en las cátedras publicó también el P. Mendive

un curso completo en castellano para colegios y universidades, y otro en latín, no mera traducción del primero, sino nuevo y más amplio para los aspirantes a la Teología y al sacerdocio. Para texto también, pero sólo de sus discípulos de Deusto, imprimió y no publicó el P. Eustaquio Ugarte unos *Apuntes de Metafísica* en dos tomos.

De *Derecho Natural* dió a luz un buen manual el P. Fidel Quintana con el modesto título de *Resumen de sus explicaciones* o lecciones tenidas en el mismo colegio de Estudios Superiores; y semejante origen tiene también el *Ensayo de Derecho Administrativo* del P. Nemesio Güenechea, profesor de esta asignatura en el mismo colegio, cuya segunda edición se está haciendo ahora.

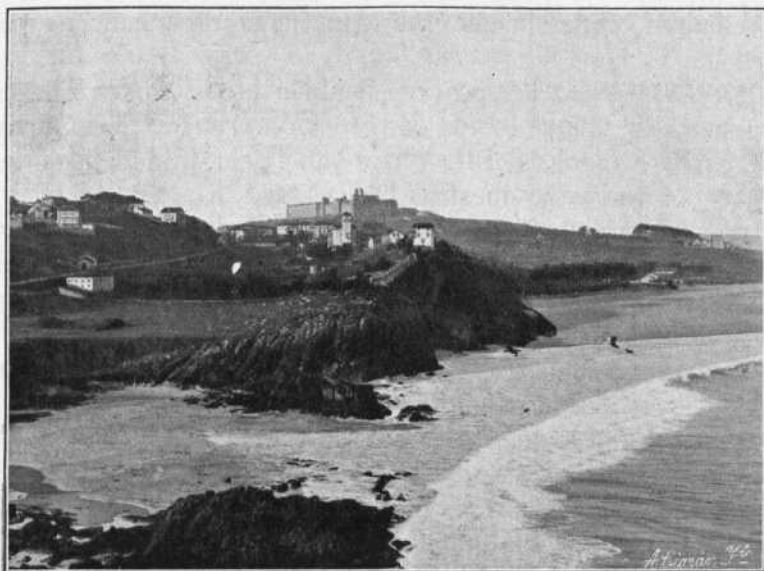
Pertenece asimismo a este ramo de la ciencia *La Moral independiente o los principios del derecho nuevo*, publicada por otro profesor de Deusto, el P. Venancio Minteguiaga, primero en *La Ciencia Cristiana*, revista quincenal madrileña y después separadamente, como también *La Punibilidad de las ideas* del mismo autor, y *El Comunismo, sus causas, sus efectos y remedios*, que tradujo del italiano.

En ciencias exactas, físicas y naturales podemos mencionar una obra de cada una de esas ramas. *La Flora descriptiva e ilustrada de Galicia*, del P. Baltasar Merino, que llena ya tres tomos en 8.º; el *Tratado de Física* del P. Bonifacio Fernández Valladares, de que ha sido necesario hacer segunda edición; y los *Apuntes acerca de las Teorías de la Homografía e Involución*, del P. Manuel Obeso.—De las publicaciones del Observatorio de Belén en la Habana queda hecha mención en otra parte. Aquí debemos hacerla de las *Conferencias de seismología, pronunciadas en la Academia de Ciencias de la Habana*, por el P. Mariano Gutiérrez Lanza, e impresas primero entre las Memorias presentadas en el Cuarto Congreso Científico de Chile, después en los *Anales de la Academia* en que fueron pronunciadas y últimamente en volumen separado.

La *Teoría de la Literatura y del Arte* que acaba de publicar el P. Indalecio Llera, no contiene sólo, como por el título pudiera parecer, la idea general de las bellas artes, sino que abarca la noción, la historia, los autores y modelos principales

de la pintura, escultura, arquitectura con gran profusión de ilustraciones que ponen ante los ojos imágenes fieles de los objetos y monumentos artísticos mencionados en el libro.

El *Tesoro poético del siglo XIX* no es obra original, como ya se deja entender, sino colección de poesías formada por el P. Vicente Gómez Bravo: todavía merece figurar en esta reseña, no sólo por el mérito de la selección y compilación, sino más por las breves noticias biográficas que da, y crítica sumaria que hace de los poetas cuyas composiciones inserta.



Comillas.—Vista panorámica.

Del P. Luis Coloma, bastará poner aquí el nombre sin necesidad de enumerar ni clasificar sus obras, por ser tan conocidas, y muchas traducidas en varias lenguas. *Jeromin*, *La Reina Mártir*, *Fray Francisco*, *Dequeñeces* y los preciosos cuentos y novelitas cortas anteriores, abrieron a su autor las puertas de la Real Academia de la Lengua en que fué recibido el día 6 de Diciembre de 1908.

También cultivó con fruto este ramo de la literatura otro redactor de *EL MENSAJERO*, el P. José María Castillo, que atina-

damente tituló sus escritos de este género publicados después separadamente en un volumen: EL PAÍS DE LA GRACIA, *Cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas*.

De amena y aun amenísima literatura son asimismo varios tomitos en que el P. Julio Alarcón reunió cuentos y otros artículos dados antes a luz en EL MENSAJERO, de diversísima índole, pero todos chispeantes e *intencionados*, como él mismo llamó a una colección de ellos. Los *Fragmentos más o menos intencionados*, *La Europa salvaje*, *De broma y de veras*, *Genialidades* y algún otro folleto contienen los más originales cuadros, generalmente satíricos, llenos de animación y de gracia.

De EL MENSAJERO procede también la *Biblioteca Amena*, compuesta de quince tomos con las *Conferencias familiares y Breves narraciones* del P. Víctor van Tricht, traducidas al castellano por varios de nuestros Padres.

Mencionaremos también aquí *El Estudio de las Lenguas y Las Misiones*, obra del P. Dahlmann, traducida por el Padre Jerónimo Rojas, en que se pone de manifiesto el inmenso servicio hecho por los misioneros a la ciencia del lenguaje con sus gramáticas, vocabularios y otros libros escritos en las lenguas de los países de todo el orbe, por ellos evangelizado.

De oratoria apenas tenemos original sino tal cual sermón y discurso suelto de dos grandes oradores sagrados: los Padres Cumplido y José Vinuesa; pero el P. Ogara nos ha dado en castellano tres buenos tomos de homilias de San Juan Crisóstomo traducidas directamente del griego.

Cuando en 1904 se celebró el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, diéronse a luz en libros y revistas multitud de escritos tocantes al misterio. Uno de los mejores publicados en España fué la monografía histórica del P. Camilo Abad, sobre *El culto de la Inmaculada en la ciudad de Burgos*.

Versa también sobre la Virgen, aunque es muy diferente de ésta, la *Historia de Nuestra Señora de Orduña la Antigua*, que mucho antes había escrito el P. Uriarte.

Del mismo es la obra ya dos veces impresa: *Principios del Reinado del Corazón de Jesús en España*, donde expone los

orígenes de la devoción al Corazón divino en nuestra patria, que hoy todo el mundo conoce.

Con el fin de promover esa devoción entre nosotros, se han impreso varios libritos, ya originales, ya traducidos del francés; entre los cuales mencionaremos solamente la nueva edición del primero que para eso se escribió en España: *El Tesoro escondido en el Corazón de Jesús*, dado de nuevo a la estampa por el P. Uriarte; el *Manual de los devotos del Corazón de Jesús*, arreglado por los PP. Cabré y Rodeles; la *Autobiografía de la Beata Margarita*, traducida por el P. Angel Sánchez Teruel; el *Mes del Corazón de Jesús*, del P. Gautrelet, y las *Meditaciones* del mismo Sagrado Corazón, por el P. Ramière; como para dar noticia del *Apostolado de la Oración* y propagarlo, se estamparon las dos obras principales del mismo P. Ramière, la que lleva igual título que la institución y la *Alianza de amor con el Corazón de Jesús*, ambas traducidas por el P. Francisco de Paula Maruri; y para dar impulso a la frecuencia de sacramentos, *La Comunión Semanal*, del P. Coubé, puesta en castellano por el P. Magín Rodríguez.

Con carácter también ascético y piadoso más que científico, está escrita la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* por el Padre Remigio Vilariño, que ha tenido grande aceptación entre las personas devotas. En ella «el autor ha procurado (son palabras que nos parecen tuyas) poner toda aquella sencillez que se necesita para que el pueblo cristiano lea, medite, entienda y saboree la dulcísima historia de Jesucristo».

Otra *Vida de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo* trajo al castellano, con algunas modificaciones, el P. Florentino Ogara, de la que, tejida con textos de los cuatro evangelistas, dió a luz en alemán el P. Lohmann.

De las pocas que de personas insignes en santidad se han impreso, nombraremos solamente la de la *Beata Mariana*, que escribió el P. Cumplido, la de la *Beata Juana de Lestonnac*, traducida de la del P. Mercier por los PP. Magín Rodríguez y García Frutos, y *La Esclava del Santísimo*, biografía de la venerable fundadora del Instituto de Señoras Adoratrices, escrita por el P. Juan Antonio Zugasti y premiada en el certamen del Congreso Eucarístico Internacional de Madrid. Con ocasión

del mismo Congreso, aunque no para presentarla al certamen, escribió el P. Eustaquio Ugarte de Ercilla la *España Eucarística* o *Tradiciones Eucarísticas Españolas*, en que recopiló, no solamente las tradiciones propiamente dichas, sino también las disposiciones legales, las noticias de producciones artísticas y literarias, con otra multitud de datos interesantes.

Lo que más han publicado nuestros Padres en esta época han sido libros ascéticos y de devoción, no tanto teóricos o doctrinales como prácticos y mixtos. Sobresalen por su carácter más elevado y por dar más parte a la instrucción, dos obras destinadas al clero, no originales, sino libremente traducidas y arregladas la una del francés y la otra del italiano. El P. Nicasio Eguiluz puso así en castellano con el título de *El Sacerdote Santificado con los Ejercicios de San Ignacio de Loyola*, la obra del P. Chaignon *Le Prêtre a l'autel*; y el P. Eduardo María García Frutos la de Mons. Juan Marchetti, *Oficios y Deberes del Sacerdocio Cristiano*.

De esa clase es también, pero para los jóvenes solamente que su título indica, la *Guía práctica del estudiante al único término feliz de su carrera literaria*, que en León publicó el Padre Cabrera; y semejante el *Manual del Seminarista*, por el P. Daniel Sola, profesor de Teología en Comillas.

A los jóvenes va también especialmente dirigido un libro del P. Rafael Pérez, *Los Angeles custodios*, con doctrina y ejemplos a propósito para infundir y promover la devoción a esos bienaventurados espíritus, guardianes nuestros.

Para instrucción de toda clase de personas tradujo del alemán el P. Valentín Ruiz de Velasco el *Gran Catecismo Católico* del P. José Deharbe, que después de la muerte del traductor se publicó en Madrid. Más restringida es la materia de la *Norma del Católico en la sociedad actual* o *Diálogos catequísticos para los católicos del siglo XIX acerca de lo que se ha de creer*, folleto original del P. Angel M. de Arcos contra los errores modernos.

También es para todos la *Filosofía Cristiana de la Vida*, obra en que siguiendo latamente el orden y la denominación misma de las cuatro semanas de los Ejercicios de San Ignacio, se van presentando diversas consideraciones, o, como por la

forma en que están expresadas y dispuestas, las llama su autor, *Pensamientos sobre las verdades de la Religión*. La escribió en alemán el P. Tilmann Desch y nos la ha dado recientemente en castellano el P. Victoriano Izquierdo.

*Intenciones*, por los PP. Julio Alarcón y Remigio Vilariño. Tres buenos tomos del primero y algunos más del segundo llevan aquel título común y que nada significa para quien no sepa su origen. Baste decir aquí que son como los artículos de fondo publicados por ambos como directores de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y que por tanto versan sobre mil puntos diversos, todos religiosos en sí, o mirados bajo el aspecto religioso.

Semejantes, aunque más ligeros, sobre todo en la forma, son las *Curiosidades* del segundo de aquellos Padres, publicadas también primero en *El Mensajero* y después en tomos aparte.

Omitimos gran número de opusculitos y hojas de propaganda del mismo autor; pero por la gran difusión que ha tenido, queremos mencionar su *Devocionario Popular*, brevísimo, pero jugoso, de que van tirados en tres años más de un millón de ejemplares. Por la misma causa aduciremos el *Devocionario Manual*, arreglado por varios Padres de Madrid, antes de 1880, cuyas ediciones dan un total de 2.400.000 ejemplares.

Cerraremos esta reseña de nuestros libros con uno de los últimos y de más levantado argumento, todavía en curso de publicación. Tales son los *Principios fundamentales de la Mística*, de que lleva impresos tres tomos el P. Jerónimo Seisdedos.

**Publicaciones periódicas.**—Para terminar este punto de los trabajos de la Provincia de Castilla por medio de la prensa, diremos dos palabras de las publicaciones periódicas suyas propias y comunes a las tres Provincias españolas.

De *Monumenta Historica Societatis Jesu* ya hablamos antes, donde no sólo por razón de la materia, sino también de la forma de publicación, aunque mensual, nos parece que está mejor que aquí.

Lo que de ella dijimos, que corre a cargo, no de una, sino de las tres Provincias de Aragón, Castilla y Toledo, eso mismo

tenemos que decir de *Razón y Fe*. revista mensual de carácter científico, que difícilmente hubiera podido sostener sola ninguna de ellas. Aun las tres unidas, con ser antigua la idea de publicar los jesuitas españoles una revista, como la tenían los de otras naciones, tal vez no se hubieran atrevido tan pronto, si



Sagua la Grande.—Patio interior del colegio.

el M. R. D. Luis Martín no hubiera ordenado que el proyecto se pusiera en ejecución sin más tardanza. Tuvo principio en Septiembre de 1901, fué benévolamente acogida, y tiene hoy en el público la reputación y aceptación que pocas de su clase en España. La Provincia de Castilla le ha dado buen número de redactores; pues castellanos son los PP. Murillo, Fernández



Valladares, Pérez Goyena, Moro Velasco, Ugarte de Ercilla, Zacarías García Villada, Constancio Eguía y los dos directores, el primero y el actual, los PP. Pablo Villada y Ambrosio Olangua.

*El Mensajero del Corazón de Jesús* ya dijimos en otro lugar cómo vino a manos de la Provincia de Castilla. Dióle en poco tiempo grande auge la devoción misma cuyo heraldo era; pudiéndose tal vez disputar quién influyó más, si *El Mensajero* para difundir la devoción al Corazón de Jesús o la devoción al Corazón de Jesús para propagar *El Mensajero*. Muchos lectores le ganó también, sobre todo los primeros años, el Padre Coloma con sus preciosos cuentos, y en los últimos el P. Vilariño con sus artículos animados, populares, prácticos, muy a propósito para la propaganda, no menos que del bien, de la misma revista. Así ha llegado al considerable número de diez y siete mil suscriptores.

El mismo P. Vilariño fundó tres años hace otra revista mensual denominada *Sal Terrae*, destinada al clero, principalmente parroquial y aun casi únicamente al de pueblos y aldeas, con el fin de poner en su mano recursos para el buen desempeño de su elevado ministerio, que ellos por todas las circunstancias de la posición en que se encuentran, no pueden proporcionarse de otro modo. Los más importantes y necesarios de estos recursos son materiales abundantes y ordenados, aunque no sermones hechos, para la predicación de los domingos y fiestas, y la indicación de toda clase de medios e industrias, de que los párrocos pueden valerse según las circunstancias, para la santificación de su parroquia. Cuánta necesidad tenían de una revista de esta clase, y cuán bien haya empezado *Sal Terrae* a satisfacerla, lo significa bastantemente la buena acogida que ha tenido, puesto que no llevando todavía tres años de vida, cuenta ya con más de nueve mil suscriptores.

Buen principio ha tenido también *El Siglo de las Misiones*, que con este año de 1914 ha empezado a publicarse en Bilbao, como las anteriores, y tiene por objeto dar toda clase de noticias tocantes a las misiones católicas entre infieles y promover así entre los fieles el amor de ellas y el deseo de ayudarlas con todo género de recursos, de que están tan necesitadas.

*Estudios de Deusto* puede decirse que es una revista universitaria, donde profesores y alumnos de aquel colegio publican trabajos relacionados con las materias propias de sus respectivas facultades, y que sirve de algún lazo de unión y comunicación entre el Colegio y los antiguos colegiales.

Algo parecido son las *Páginas Escolares*, que desde 1904 salen a luz en el colegio de Cijón; sino que extendiéndose mucho más, pretenden estrechar las relaciones de unos colegios con otros y ofrecen con ese fin sus columnas a los colegiales de todos, y de todos publican, más que trabajos científicos y literarios, noticias y episodios propios de la vida del colegio.

*Música Sacro-Hispana* no es revista nuestra; pero es director y el alma de ella el P. Nemesio Otaño, tan conocido por sus trabajos de restauración de la música religiosa en España.

¿Podrá llamarse publicación periódica el *Calendario del Corazón de Jesús*? Séalo o no lo sea, le creemos digno de mención en este lugar. La idea de dar a luz este *Calendario* bueno la suscitó en el P. Rodeles otro calendario malo. Tenía-lo él en su casa ignorando la malicia, hasta que la vió en algunas de sus hojas; y pensando entonces cuánto daño haría en tantas familias que incautamente leerían aquel u otros semejan-



Tudela.—Escalera principal.

tes, se propuso evitar la entrada de ellos en muchas casas publicando este inofensivo y aun positivamente moral y religioso *del Corazón de Jesús*. ¿Fué el primer calendario americano reli-

gioso que se publicó en España? No nos atrevemos a asegurarlo, aunque nos inclinamos a creerlo. ¿Es de ellos el que más se ha propagado? Tampoco podemos responder sino que la tirada de los últimos años ha pasado de cuatrocientos mil ejemplares.

Con fin semejante, de ofrecer a la morbosa curiosidad de leer, cada vez más viva y universal, algún cebo más de los inofensivos y aun provechosos, apartándola en lo posible de libros y papeles emponzoñados y corruptores, que tanto cunden, empezó a publicar el P. Vilariño en 1911 unos cuadernos mensuales en que, bajo el título *De Broma y de Veras*, reúne toda clase de lecturas honestas y amenas, alegres y serias, no nuevas generalmente, sino tomadas de la colección de *El Mensajero* y de otras obras. En el poco tiempo que llevan, son ya algunos cientos de miles los opúsculos repartidos.

## XVIII

### Noticias biográficas.

Al comenzar esta breve noticia biográfica de los principales sujetos que han ilustrado la Provincia de Castilla en este medio siglo de su existencia; no queremos dejar de hacer dos observaciones, fundadas ambas en la circunstancia de haber sido todos conocidos de muchos de sus hermanos que aun vivimos y de otras personas a cuyas manos podrá llegar este libro.

La primera es que si a nadie, como esperamos, parecerá indigno de figurar en esta corta y humilde galería ninguno de los retratos que en ella colocamos, a más de uno ocurrirá seguramente que hemos dejado de poner otros tan merecedores de esta distinción como los que ponemos, y acaso más. Rogamos a cuantos así piensen que no atribuyan esta omisión sino a estas dos causas: a la brevedad que la índole y las circunstancias de la obra exigen, y a alguna falta, no de voluntad, sino

de entendimiento, que nos ha podido hacer preferir desacertadamente unos a otros.

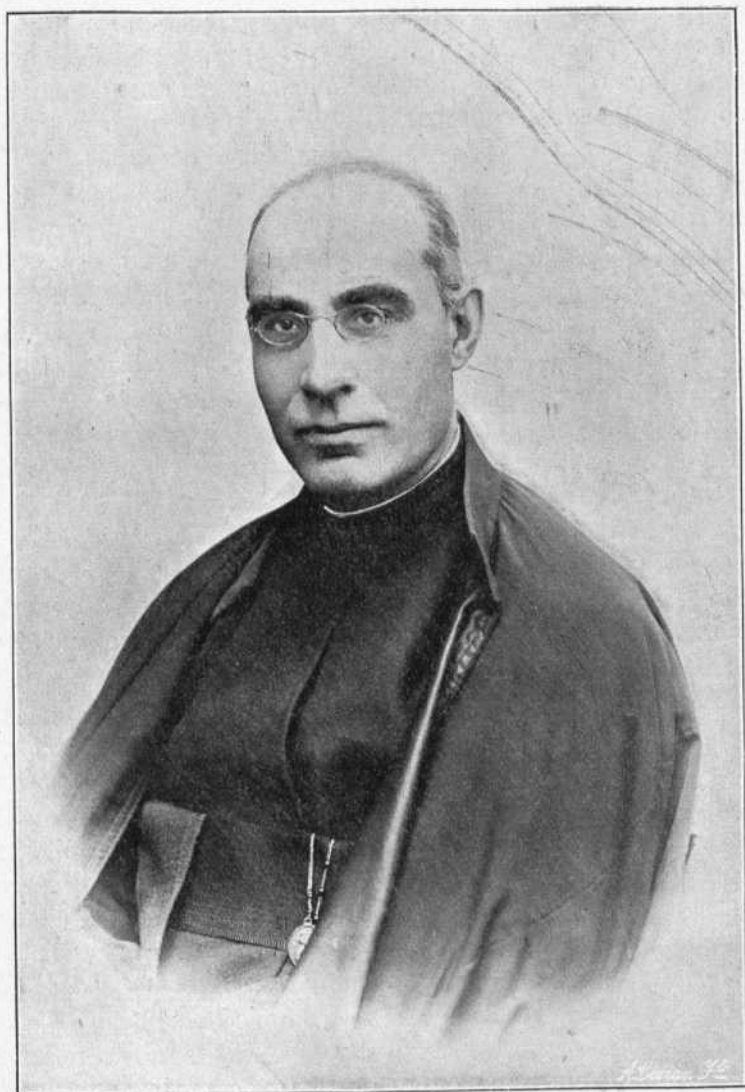
La segunda, que siendo nuestros personajes más o menos conocidos, como queda dicho, por cuantos leerán el libro, y no estando él destinado a transmitir a los venideros la memoria de las cosas que contiene, sino a refrescarla en los presentes, haciendo pasar ante sus ojos estos días del centenario las principales escenas de nuestra vida en reducidos cuadros; podemos y debemos contentarnos con consagrarles aquí un recuerdo, indicando tan sólo de ellos los principales pasos de su vida y aquello por que los consideramos acreedores a esta distinción.

Esto supuesto, damos el primer lugar a quien le tuvo, no solamente en la Provincia por algún tiempo, sino también después en toda la Compañía.

**El M. R. P. General, Luis Martín.**—He aquí un hombre, como pocos se encuentran, largamente dotado por la mano de Dios de los más variados y eminentes talentos: para el gobierno, para la cátedra, para el púlpito, para la pluma, para las letras y para las ciencias, sin que sea fácil de resolver el problema de cuáles de estas prendas eran las más relevantes, corriendo parejas con ellas las más sólidas virtudes cristianas y religiosas y el más exquisito y delicado trato de gentes.

De modesta condición, pero cristianos rancios, eran sus padres, vecinos de Melgar de Fernamental, pueblo crecido en la diócesis y provincia de Burgos, donde nació el P. Martín a 19 de Agosto de 1846. Cuidadosamente educado e instruido a la antigua usanza en su casa y en la escuela pública de la villa, allí mismo estudió luego la Gramática con un sacerdote, preceptor de Latín y Humanidades, y a los doce años pasó a Burgos para cursar en aquel seminario la Filosofía y Teología. No sobresalió en los estudios al principio; en lo cual pudo hacer algo la edad; puesto que terminó la Filosofía de quince años no cumplidos; pero luego en la Teología, que estudió con el conocido profesor, Chantre luego de la catedral de Burgos, D. Manuel González Peña, ya fué tenido por uno de los mejores talentos.

Apenas había cursado el cuarto año, cuando certificado de su vocación, que poco antes había comenzado a sentir, entró en el noviciado de Loyola el 13 de Octubre de 1864.



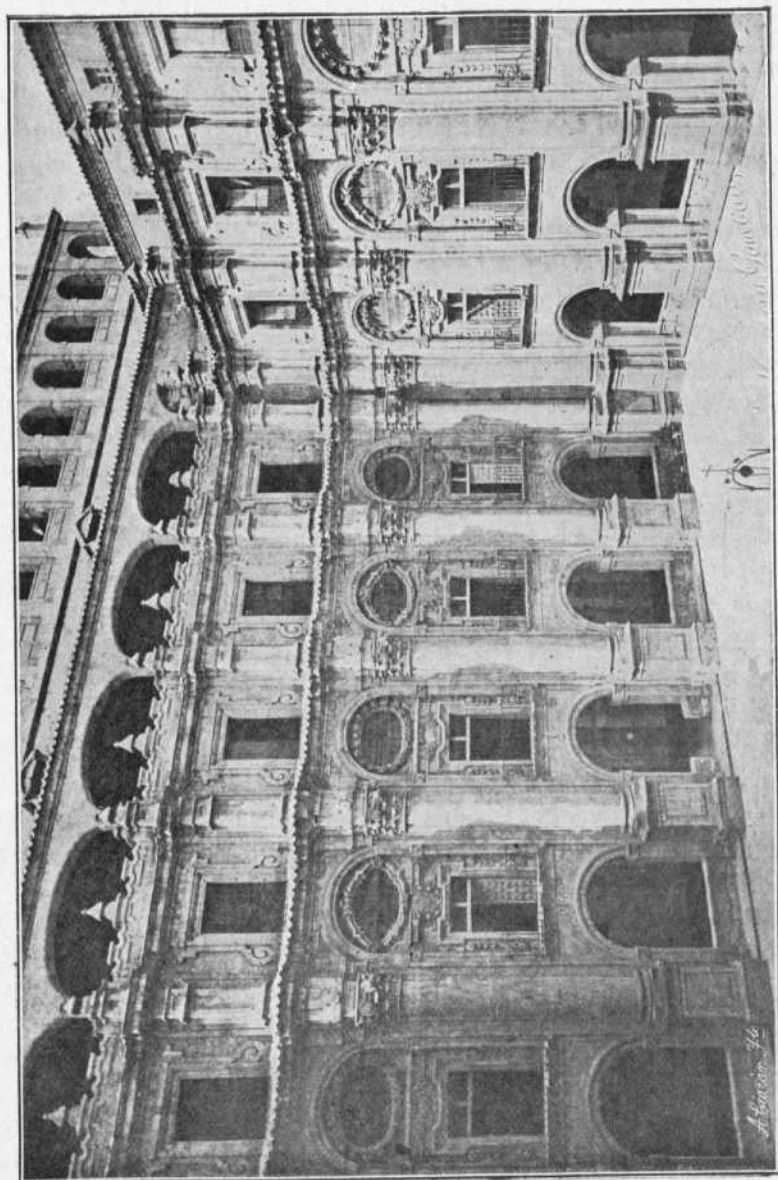
M. R. P. Luis Martín.

Cuatro años pasó en aquella casa, novicio los dos primeros, y de ellos el segundo y los otros dos, ya hechos los votos, estudiante de Humanidades y Retórica, en que salió aventajadísimo, y cuando en 1868 iba a comenzar la Filosofía en León, tuvo que salir desterrado de su patria y fué a repararla durante dos años, uno en Vals, colegio máximo de la Provincia de Toulouse, y otro en Poyanne, donde vino a instalarse el de la nuestra de Castilla.

El P. Martín no salió de Poyanne hasta que el Gobierno francés arrojó a todos los jesuitas de aquella república en 1880. Allí terminó la Filosofía, allí hizo el magisterio enseñando tres años Retórica a nuestros jóvenes, allí estudió la Teología, recibiendo a su tiempo las sagradas órdenes, y allí la enseñó dos años siendo juntamente Ministro de los Teólogos, después de haber hecho allí mismo la tercera probación con el cargo de socio o ayudante del maestro de novicios.

La buena cuenta que dió de sí en todos estos puestos fué, sin duda, motivo para que, vuelto a España, el Provincial primero y el General después le pusieran al frente del seminario de Salamanca, que gobernó hasta 1885, leyendo al mismo tiempo Sagrada Teología. No había hecho todavía la profesión solemne; la hizo allí, teniendo ya este cargo, el 2 de Febrero de 1881.

Difícil sería hallar ni en Salamanca ni en otra parte un rectorado tan próspero en todos los ramos que abraza la vida de un colegio. No creemos temerario pensar que nadie sino él hubiera restaurado y acabado, tal como está hoy, el inmenso cuerpo de edificio denominado la Irlanda, en que le ayudó no poco el gran aumento de recursos obtenido con una excelente administración de las rentas. En las letras, en el espíritu y en la disciplina, dió grande impulso al seminario, cuyo número de alumnos se duplicó en su tiempo y se multiplicó después. El culto y los ministerios sagrados en nuestra iglesia recibieron también considerable aumento. Y, en todo esto, además de la acertada dirección correspondiente a su cargo de Rector, tuvo él una grande intervención personal; porque en elevar el nivel de los estudios y dar nombre y reputación al seminario, tuvieron mucha parte sus lecciones de Teología, a que por algún tiempo asistió el insigne profesor de la Universidad, Sr. Gil Robles, y



Salamanca - Patio interior del Seminario.

en levantar el culto y los ministerios influyeron grandemente sus elocuentes sermones y aun los preciosos villancicos, cuya letra por sí mismo compuso, y que delicadamente cantados en la novena del Niño atraían al templo numerosa muchedumbre. Déjase entender con esto la estimación que se granjeó en Salamanca, donde dejó nombre imperecedero; pero sobre todo le estimó el Illmo. Sr. Martínez Izquierdo, Prelado a la sazón de la diócesis salmantina y primer Obispo luego de la de Madrid-Alcalá, que también en ella hubiera querido tenerle consigo. Sin embargo, no le tuvo, pues aunque salieron ambos el mismo año de Salamanca, el P. Martín no fué a Madrid, sino a Bilbao, donde se le encomendó la dirección general del Apostolado de la Oración en España y de su órgano en la prensa *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*. También esta revista y su administración y la dirección del Apostolado recibieron grandes mejoras, debidas a su talento organizador, aunque apenas los tuvo un año a su cargo, y los últimos meses junto con el Colegio de Estudios Superiores de Deusto, recientemente abierto. Porque reunida en Agosto de 1886 la Congregación provincial para nombrar representante de nuestra Provincia de Castilla en la de procuradores de todas, que luego había de tenerse en Fiésole, recayó la elección en él a pesar de no hallarse presente por no darle voz activa ni su cargo, ni los pocos años de profesión; y tal vez en consecuencia del conocimiento que N. P. General tuvo de sus grandes prendas tratándole con esta ocasión, le envió al poco tiempo la patente de Provincial, que se publicó en todas nuestras casas el día de la Inmaculada.

Nada diremos de la prudencia y acierto con que desempeñó este nuevo y más elevado cargo. Bástenos indicar que hubo de ser a toda satisfacción del M. R. P. General, cuando habiéndole descargado de ese oficio en Abril de 1891, le llamó a su lado. ¿Para qué? Ostensiblemente para sustituto o ayudante de su Secretario en las cosas de la asistencia de España; pero en realidad, lo primero, para recopilar los trabajos de una junta de cinco Teólogos, uno de cada Asistencia, sobre un nuevo plan de estudios de aquella facultad, formulando un proyecto de él que examinasen luego todas las Provincias; y lo segundo, según conjeturamos, para lo que luego hizo al tiempo de su muer-



te, que presentía no estar muy lejos. Porque habiéndole, en efecto, sobrevenido a 18 de Enero del año siguiente de 1892; cuando en presencia de los Asistentes, Secretario y demás profesos, se abrió la cédula en que dejaba nombrado el Vicario que había de gobernar toda la Compañía hasta la elección del nuevo General, se halló nombrado para tan importante cargo el Padre Luis Martín. Al oír su nombre, «me quedé hecho un estúpido», escribía él mismo poco después, e inmediatamente se retiró a la capilla donde oró largo rato y lloró amargamente. «Vale que esto se acabará pronto», decía en la misma carta; pero se equivocaba, porque no se acabó sino con su vida. Cumpliendo uno de los principales deberes de su cargo de Vicario, preparó la celebración de la Congregación general, y la preparó con singular prudencia por las circunstancias particulares que en ella concurrieron.

Era la primera vez que se celebraba fuera de la residencia del General; y el punto escogido fué el colegio de Loyola. Aquí se reunió la Congregación a fines de Septiembre, y el 2 de Octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, fué el P. Martín elegido Prepósito general de la Compañía de Jesús. Los electores se confirmaron en lo acertado de su elección viendo en las juntas subsiguientes cómo era la verdadera cabeza de la Congregación, más que por el puesto en que estaba, por su soberano talento manifestado en la grande, clara y fácil comprensión de los negocios más embrollados, y descubriendo con el trato las demás prendas y virtudes propias de un gran General.

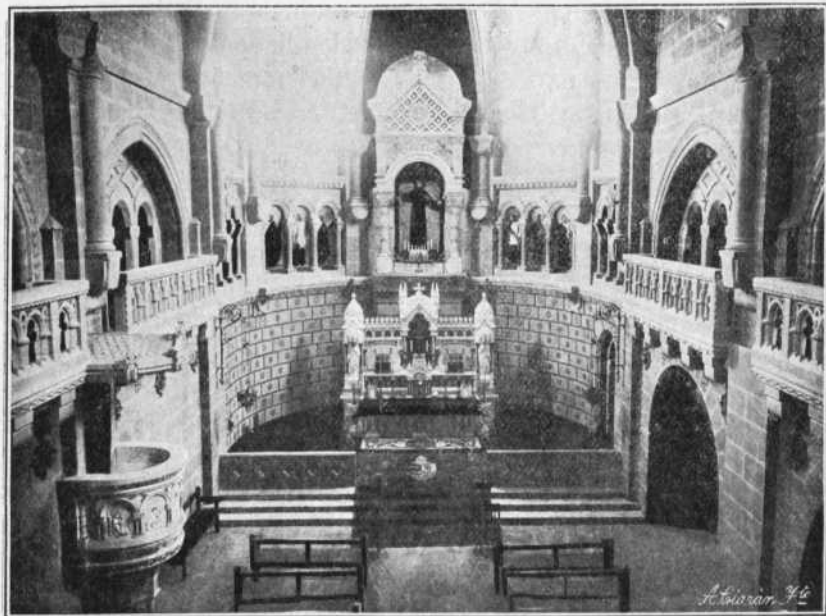
Terminada la Congregación los primeros días de Diciembre, quiso antes de volver a la residencia generalicia de Fiésole, visitar, aunque rápidamente, las más Provincias que pudiese de la Compañía en Europa; y empezando por la Península, reunió en Loyola a todos o casi todos los Superiores locales de ella, pasó luego por las de Francia, Inglaterra, Irlanda, Bélgica, Holanda, Alemania, Austria y la alta Italia, haciendo alguna parada en sus casas principales y reuniendo también a todos los Superiores en ellas, y con pocos días de detención en Fiésole siguió adelante hasta Roma, donde se presentó al Sumo Pontífice y recorrió todas nuestras casas.

Fué, sin duda, trabajosa para él, pero de gran contento para

todos los de la Compañía, que tuvieron la dicha de verle, esta rápida excursión del P. General, que por fin la terminó parando en Fiésole a los dos meses de su salida de Loyola. Allí entró de lleno en la monótona y pesada vida propia de semejantes cargos, y de éste más que de muchos otros. Pero su estancia en Fiésole no duró dos años. La Congregación general le había encargado que lo más pronto posible, según su prudencia, volviera a establecerse en Roma; y allá, efectivamente, trasladó su residencia en Enero de 1895, ocupando una parte del Colegio Germánico, como años atrás el colegio había ocupado una parte de la Casa Profesa y Generalicia del Jesús.

No es del caso dar aquí, ni en resumen, noticia de su generalato, recontando las obras por él iniciadas o fomentadas durante los catorce años escasos que estuvo al frente de la Compañía. Parécenos que su pensamiento capital, la idea madre de su gobierno, fué desarrollar y promover en ella una actividad intensa en todos los órdenes de cosas a que puede extenderse: las misiones y los ministerios espirituales, las cuestiones sociales, las letras y ciencias sagradas y profanas; pero de modo que se evitaran los escollos en que, perdido el rumbo, pudiera fácilmente venir a dar esa actividad mal dirigida, inculcando para esto la fiel observancia de nuestro Instituto con la sólida formación del espíritu en las virtudes religiosas, y de la inteligencia en las macizas verdades de la sana Filosofía y Teología. Este pensamiento, y sobre todo los dos últimos puntos, los desarrolló por escrito en una carta magnífica dirigida a toda la Compañía en 1896, y lo fué poniendo por obra, según que las circunstancias lo permitían o exigían, con la generosidad y extensión y con la firmeza y constancia propias de su grande alma. Sirva de ejemplo, como la más conocida del público, la vasta obra de la Historia de la Compañía. La Congregación general encomendó a su cuidado la realización del deseo universalmente sentido de tener una historia de nuestra orden bien escrita conforme a los legítimos progresos hechos recientemente en la teoría y en la práctica de este ramo del saber. Al salir de Loyola tenía ya trazado en su mente el plan general acertadísimo de no abarcar desde luego en una historia toda la Compañía, sino escribir separadamente las de las diversas asis-

tencias, provincias, naciones o lenguas, según fuera más conveniente para que sirvieran de base a la historia general, y dejaba nombrado el historiador de nuestra Asistencia de España. En una instrucción que para dirección de todos, según sus grandes ideas, mandó hacer a persona competentísima, y en los volúmenes ya salidos a la luz sobre España, Francia, Italia, Alemania, Polonia y los Estados Unidos puede verse el lujo, por



Javier.—Interior de la iglesia.

decirlo así, de recursos literarios que quiso se desplegara en esa obra, sin detenerse ante esfuerzo ni sacrificio ninguno para que se elevara a la grande altura que actualmente tienen estos estudios. Y adviértase que no se contentó con trazar ese plan general y encomendar la ejecución de cada una de sus partes al hombre que encontró más a propósito para ello, sino que dando a cada uno este cargo, generalmente por sí mismo y de palabra, dábale también, en particulares conferencias, no poca luz y dirección para su mejor desempeño, y siguió luego, mien-

tras vivió, con atención continua el curso de todos estos trabajos. Tiene en esa gran obra el P. Martín más parte de la que pudiera creerse y de la que como General de la Compañía le corresponde. Y es que estaba dotado de uno como don de intuición con que, sin el tiempo y el esfuerzo que requiere la investigación y el raciocinio, penetraba en los senos y dominaba los puntos capitales de la Historia, de la Filosofía, del Derecho, de todas las ciencias similares.

En cuanto llevamos dicho, apenas hemos dado idea sino de sus grandes talentos o dotes de entendimiento, tanto para la especulación como para el gobierno y el manejo de los negocios. Para completar esa idea de sus grandes facultades intelectuales, apuntaremos brevemente sus excepcionales condiciones de orador elocuente y de brillantísimo escritor.

Escribió poco y no predicó mucho, porque los cargos de gobierno, que siempre tuvo, se lo impidieron. Pero de su elocuencia en el púlpito, hay tantos testigos como oyentes tuvo, corriendo impresos los testimonios de algunos de ellos, que pueden verse en *Razón y Fe* (1); y de sus pocos escritos bastan dos para descubrirnos el finísimo corte de su áurea pluma: uno castellano, el discurso leído en Salamanca en 1883 en el centenario de Santa Teresa; y otro latino, la carta encíclica dirigida en 1896 a todos los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús. De ambas maneras, hablando y escribiendo, mostraba la misma penetración y dominio de la materia, la misma fuerza de lógica, la misma transparencia en el pensamiento, la misma lucidez en la exposición, la misma nobleza y robustez de estilo; pero a esas cualidades que en sumo grado poseía, juntaba en el hablar, más que en el escribir, un lenguaje pintoresco, imágenes y comparaciones sumamente expresivas, locuciones gráficas; y si el ánimo, el corazón y no sólo la mente y la fantasía entraban en juego, si se trataba no sólo de ilustrar los entendimientos sino de mover las voluntades, entonces aparecía él tan penetrado de la verdad que predicaba y ponía tan de lleno toda su alma en las palabras, que avasallaba a los oyentes y el discurso vibrante y candente como una espada de

(1) Tomo XV, Mayo-Agosto, 1906: páginas 141 y 279.

fuego traspasaba los corazones. Aun en la conversación subyugaba, o mejor dicho, cautivaba con lo luminoso de las ideas y la fuerza o la gracia y amenidad de las expresiones, según las circunstancias lo requerían. Porque otra propiedad de su ingenio y carácter era la flexibilidad con que se adaptaba a lo grandioso y solemne y a lo sencillo y familiar. La misma figura, por la apostura marcial, por lo fuertemente marcado de las facciones varoniles, por lo poblado de la barba y crespo del cabello, por lo dominador de la mirada, era para imponer, e imponía realmente cuando quería; y sin embargo, con la mirada, con una ligera sonrisa, con la modulación de la voz, suavizaba de modo aquella dureza del semblante, que inspiraba juntamente con el respeto, la mayor confianza y simpatía. Revelábase en esto su carácter firme, sostenido por una voluntad de hierro, pero no duro e inflexible, antes afable y complaciente, con un señorío de sí mismo, que no parece que turbaba la serenidad de su espíritu ni el menor movimiento de cólera u otra pasión desordenada.

Bien que esto no tanto procedía de su carácter como de su gran santidad. Porque era en la verdad hombre de *virtutes machos*: frase suya, que lo dice todo y le retrata de cuerpo entero y de alma entera. Tenía larga oración a pesar de las muchas ocupaciones de su cargo, y obligado a pasear un poco todas las tardes, aprovechaba en Roma su salida para visitar al Santísimo Sacramento en la iglesia donde estaba expuesto por razón de las cuarenta horas. Todos los años visitaba una vez las siete basílicas, siempre a pie y en silencio, las seis de ellas seguidas y buena parte del camino en ayunas, sin otro alimento, andando toda la mañana, que un poco de pan y alguna fruta a la mitad de ella. A pie hizo también las veinte visitas a cada una de las cuatro basílicas mayores, San Pedro, San Pablo, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor, para ganar el jubileo del Año Santo, con admiración y edificación de cuantos lo supieron, entre ellos el mismo Sumo Pontífice.

Ya esto, además de su devoción nada mujeril, revela espíritu de pobreza, de mortificación, y su gran entereza de carácter. Esa pobreza resplandecía más aún en su vestido, en su habitación, en todo. Pocos Superiores de nuestros colegios tendrán la habitación más pobremente aderezada que él la tenía.

De su observancia de las reglas y de la vida común sin dispensar consigo en cosa alguna y ejercitándose en las prácticas usadas entre nosotros, como servir de cuando en cuando a la mesa; de su caridad con los pobres, a quienes personalmente



Comillas.—Interior de la iglesia.

socorría siempre que iba de paseo y dirigía algunas veces palabras de consuelo; de su sumisión y obediencia a la Sede Apostólica, que no solamente la practicó él, sino que con el mayor empeño procuró mantenerla en sus súbditos, de otras muchas virtudes suyas selladas todas con el sello de su carácter propio, la virilidad y solidez, podrían aducirse singulares ejemplos.

Pero de esto, de aquellas *virtudes machos*, que decíamos, cuando dió pruebas casi legendarias fué en la última enfermedad, en que parece quiso Dios saciar su deseo de padecer, muchas veces manifestado.

A fines de 1904 se sintió mal; pero se creyó que aquello no era sino una pequeña *influenza* o trancazo, y lo fué pasando todo el mes de Diciembre con varias alternativas. Los primeros días de Enero siguiente ya tuvo que guardar cama, y el 15 apareció en el brazo derecho un terrible cáncer-sarcoma, que fué necesario arrancar inmediatamente. Hiciéronle la operación el día 20; duró como una hora, y el hombre de hierro, no para no sentir, sino para sufrir; sin cloroformo ni otro anestésico, que no quiso tomar, la aguantó todo aquel tiempo sin exhalar un quejido. La operación le causó algún alivio, pero pasajero; porque, antes de un mes, el sarcoma se había reproducido un poco más arriba, y el 17 de Febrero hubo que repetirla con más duro tormento del paciente por ser más honda, más larga y en cuerpo más debilitado por la anterior. Ni la experiencia del agudísimo dolor sufrido en la primera le movió a hacerse insensible con el cloroformo en la segunda; y durante hora y media sufrió el cortar y sajar de su brazo con la misma serenidad que antes. Los médicos se quedaron espantados sin comprender tan heroico sufrimiento y energía de voluntad tan grande para tener a raya la naturaleza en tan doloroso trance. Al acabarse la operación, como si se tratara de una visita recibida en sana salud, así habló con ellos dándoles gracias por sus buenos servicios y prometiéndoles que rogaría por ellos al Señor. Aun no estaba bien cerrada la herida cuando reapareció junto a ella el fatídico tumor. Ya no era posible aplicar el hierro y se echó mano del fuego, por decirlo así, pues se acudió a los rayos X, aunque sin más fruto que el nuevo trabajo del enfermo. A los pocos días fué necesario amputar, o, mejor dicho, desarticular el brazo, y aun esa dolorosísima operación quería sufrirla sin cloroformo; pero el operador lo exigió absolutamente y tuvo que someterse. Al volver en sí, empezó a decir en voz alta el *Te Deum*. Esta última operación le alargó un año la vida, y, durante él, sobre no haber podido recobrar las fuerzas perdidas, sintiéndose débil para el trabajo, sufría, a veces, vivísimas sensaciones

de dolor, como si no tuviera cortado el brazo y por él pasara una corriente de fuego.

En Febrero de 1906 cayó en cama otra vez con fiebre, que parecía causada sólo por un enfriamiento. Al fin apareció de nuevo el pérfido enemigo que en la amputación del brazo se había, por decirlo así, recogido a lo interior y desarrollado lentamente: el sarcoma se había apoderado de la pleura, donde no podía ser extirpado, y la muerte era inminente. Sobrevínole, tras de duros sufrimientos causados por el tumor, por la fiebre y por la dificultad de respirar, el 18 de Abril de 1906. En tan grande decaimiento de fuerzas y en tantos dolores como la larga enfermedad le causó, mantuvo el ánimo nunca decaído, siempre firme y entero. No había cumplido sesenta años de edad ni cuarenta y dos de Compañía. Lo singular de su enfermedad, divulgada por la prensa, llamó hacia él la atención de todo el mundo; y todo el mundo admiró la heroica fortaleza con que sufrió una y otra vez la dolorosa operación quirúrgica sin admitir el alivio del cloroformo. Los testimonios de admiración y respeto en unos, de veneración y amor en otros, que con esta ocasión se le dieron, fueron en gran número. Hubo entre sus hijos quienes ofrecieron a Dios su vida por la suya; Príncipes que quisieron tener continua información del curso de su enfermedad; Obispos y Cardenales no pocos que visitaron su cadáver y asistieron a sus solemnes exequias. Pero las más dignas de mención son las manifestaciones singularísimas de afecto del Sumo Pontífice, Pío X. Todos los días rogaba por él y se informaba de su estado; envió más de una vez a visitarle a su Secretario, Mgr. Bressan; cuando se le cortó el brazo, él, sin pedírselo nadie, pensó en autorizarle para celebrar con el que le quedaba, e hizo por sí mismo ensayos para ver si era posible, y hallando que sí, le hizo esa gracia; oyó que el Padre encomendaba a los de casa que pidiesen a Dios su salud *si convenía*, y con gran viveza repuso: *No, no, sin condición ninguna; el P. General es menester que sane; en los tiempos que corren tenemos necesidad de hombres como él*. Cuando amputado el brazo estuvo suficientemente repuesto, sin esperar a que pidiera audiencia, él mismo le llamó, le recibió con el mayor afecto, le dió la facultad de celebrar arriba dicha, conversó con él una media hora, y al



tiempo de la despedida se levantó, le tomó del brazo, sin que el Padre lo pudiera excusar, y así le condujo hasta el ascensor para ahorrarle las escaleras. Repetidas veces hablando con otros alabó su gran prudencia, conocimiento y práctica de negocios de gobierno y otras virtudes. Después de su muerte, en audiencia dada al P. Freddi, Asistente de Italia y entonces Vicario General, y a los PP. de la Torre y Meyer, Asistentes de España e Inglaterra, expresó su pena por lo mucho que él personalmente y la Iglesia misma habían perdido con su fallecimiento, recordó con grande elogio su extraordinaria fortaleza en el dolor y su entrega total en las manos de Dios, y terminó con decir emocionado: «Era un hombre de Dios, un Santo, un Santo, un Santo.»

A tan significativo encomio salido de los labios del Vicario de Cristo no hemos de añadir nosotros ni una palabra más.

**R. P. Matías Abad.**—Paisano y condiscípulo del P. Martín en buena parte de su carrera dentro y fuera de la Compañía fué el P. Matías Abad, natural de Quintanavides, provincia y diócesis de Burgos, donde nació el 24 de Febrero de 1844. Estudiada en dos años la Gramática latina con un sacerdote preceptor o dómine muy conocido en toda aquella región y residente en Villaverde de Peñaorada, pasó luego a Burgos, en seguimiento de la carrera eclesiástica y cursó en aquel seminario tres años de Filosofía y otros tres de Teología, con fama y muestras de muy aventajado ingenio; pero se sintió el último curso llamado a la Compañía, y venciendo alguna resistencia de parte de sus padres, entró en el noviciado de Loyola el 25 de Julio de 1864. Dos años estudió Letras Humanas, otros dos repasó la Filosofía en León y Laval, cuatro enseñó en Puerto Rico Retórica, Matemáticas e Historia de España, siendo además los dos últimos inspector, con no poco trabajo, como se deja entender; y con daño también de su salud, que desde entonces tuvo siempre más o menos quebrantada. Era de modo al terminar la Teología en 1877, que sólo para cuidarse y restablecerse fué enviado al colegio del Puerto de Santa María; aunque luego tuvo allí el cargo de Prefecto.

Terminó la tercera probación en el noviciado de San Jerónimo, de Murcia, donde fué al mismo tiempo ministro de la casa,

al hacerse en 1880 la división de Provincias; y viniendo a la de Castilla, el nuevo Provincial le tomó por su socio; pero a los pocos meses fué llamado a Fiésolo para sustituto del Secretario de la Compañía, en las cosas de nuestra Asistencia.

Vuelto de allí en 1884, gobernó tres años el colegio de Valladolid, doce en dos veces el de Oña, seis toda la Provincia, asistió a dos Congregaciones de Procuradores y a otras dos generales, y en la última, en que entraba como elector, fué nom-



Valladolid. - Colegio de San José: patio interior.

brado Asistente de España. Con mucho trabajo desempeñó este cargo cinco años, por su poca salud; y venido acá para ver si la recobraba en 1911, lejos de eso, empeoró de modo que a 23 de Enero siguiente descansó en el Señor en el Colegio de Estudios Superiores de Deusto cuando estaba para cumplir sesenta y ocho años de edad y cuarenta y ocho de Compañía.

Sólo el habersele confiado tantos y tales cargos, basta para probar, como al anunciar su muerte a toda la Compañía decía N. P. General, «cuánta fuera su autoridad, prudencia, bondad, consejo, celo de la verdadera doctrina y de la regular observancia».

Por la que en sí procuró, llamábale en la misma ocasión el R. P. Provincial, modelo de religiosos, así como por su fidelidad a la Compañía, celo por el Instituto y entereza en el gobernar, modelo de Superiores, haciendo notar cuánto se distinguía por «su amor a las virtudes sólidas, su mesura en el hablar y callado sufrimiento, de que dió muestras durante toda su vida, pero en especial en su última y penosa enfermedad».

A tan completos y tan autorizados encomios nada añadiría cuanto nosotros quisiéramos decir. Solamente notaremos lo que nos parece haber sobresalido más en él formando su carácter moral como hombre, como religioso y como Superior. Como hombre era el hombre del fin: en el fin clavaba los ojos y a su consecución lo subordinaba y enderezaba todo. Como religioso se dió siempre a las virtudes sólidas, no en cosas singulares, sino en el ejercicio de la vida ordinaria. Como Superior penetraba con prontitud y seguridad la situación de las cosas y de las personas y en su gobierno, aunque de padre, no era la suavidad la nota característica, sino la firmeza y energía con los que la habían menester.

**R. P. Francisco de Sales Muruzábal.**—Al desmembrar de la Provincia de Castilla la de Toledo en 1880, quedó con el gobierno de esta segunda el P. Juan José de la Torre, que tenía el de la primera, y de Castilla fué nombrado Provincial el P. Francisco de Sales Muruzábal, socio a la sazón o como secretario del P. La Torre. La simple enumeración de los cargos que desempeñó dará idea del aprecio en que fué tenido y de sus grandes dotes para el gobierno.

Nació en San Martín de Unx, en Navarra, a 29 de Enero de 1842 y a los veinte años entraba en la Compañía el 26 de Junio de 1862, después de haber estudiado dos años Gramática en su pueblo natal y otros dos con la Filosofía y un curso de Teología en el seminario de Pamplona. En Loyola hizo el noviciado y repasó las Humanidades, y en León en dos años la Filosofía, con tal aprovechamiento que fué inmediatamente destinado a enseñarla allí mismo a nuestros estudiantes: seguro indicio, no sólo de saber, sino igualmente de madurez y prudencia. No la enseñó más que un año; porque sobrevino la revolución y le sucedió lo que a algunos otros: que se les ade-

lantó el estudio de la Sagrada Teología; pero terminada ésta dos años en Laval y dos en Salamanca, volvió de nuevo a enseñarla en Poyanne otro año antes de hacer la tercera probación, y tuvo allí, después de acabada, sucesivamente el cargo de ministro de Filósofos y Teólogos hasta que al fin del año 1875 fué nombrado socio del Provincial, que era entonces el P. Lobo. Sucedióle pronto el P. La Torre, y a éste acompañó hasta sucederle a su vez, como queda dicho, en el gobierno de la Provincia de Castilla en 1880.

Seis años bien corridos estuvo al frente de ella, por una parte viviendo al día, como suele decirse, pues era continuo o poco menos el temor de una nueva expulsión; y por otra abrazando empresas de la gloria de Dios como si tuviera prendas ciertas de larga estabilidad. Así, además de Valladolid, que fué la primera, abrazó las dos grandes obras de Bilbao y Comillas, inició por sí mismo y promovió y dejó bien adelantada la no menos importante de terminar el magnífico edificio de Loyola y emprendió la publicación del *El Mensajero del Corazón de Jesús* con la Dirección General del Apostolado de la Oración en España.

Descargado del gobierno de Castilla el día de la Inmaculada de 1886, con dos meses de descanso, no más, se le dió el de Toledo, en que estuvo otro trienio; y, acabado éste, fué en la fiesta de Santiago, 25 de Julio de 1890, nombrado Rector del Colegio de Estudios Superiores de Deusto. Aquí le cogió la muerte el 16 de Abril de 1895.

Tres veces presidió, por razón de su cargo, la Congregación provincial: dos en Castilla y una en Toledo; y dos asistió a la general: primero en Roma, como Provincial, en 1883, cuando fué nombrado Vicario *cum jure successionis* el M. R. P. Antonio María Anderledy, y después como elector, en Loyola, en 1892, cuando salió elegido General el M. R. P. Luis Martín.

En esta última se dió al P. Muruzábal el mayor testimonio de estimación de sus virtudes y talentos que jamás haya recibido hasta ahora en vida y en muerte: el haberle juzgado, no unos pocos, sino muchos de los gravísimos Padres allí reunidos, por el más digno de ser elevado al Generalato, dándole como a tal sus votos.

Valiendo éste por muchos elogios, particularmente de aquel conjunto de cualidades naturales y adquiridas que en el General se requieren: capacidad para abarcar tantos y tan arduos negocios como van a parar a sus manos; penetración para hacerse cargo de ellos y prudencia para manejarlos; conocimiento y observancia de las constituciones y celo en sostenerla y promoverla en los demás con suavidad y eficacia; espíritu para tratar con Dios y proceder en el gobierno con los ojos fijos únicamente en él; magnanimidad para acometer grandes empresas y sufrir, sin desfallecer, grandes contradicciones, y otras semejantes; diremos, únicamente, dos cosas, en que parece descollaba singularmente y que le conciliaban a la vez autoridad, amor y veneración.

Era la primera una composición tal de todo el hombre exterior, en el andar, en el mirar, en todos sus movimientos; que juntas resplandecían en él la mayor medida y gravedad y la mayor suavidad y dulzura, no tanto naturales y de carácter o temperamento, cuanto adquiridas y procedentes del perfecto señorío del alma que en el semblante se retrataba como puesta en Dios. Difícil será hallar un hombre a quien tal aire de santidad den precisamente su compostura, modestia y todo el porte exterior.

La segunda muy en consonancia con la primera y que pudiera decirse parte de ella, era su grande apacibilidad, mansedumbre y bondad en el trato con las personas, no efusiva, y menos, demasiado complaciente, sino también mesurada y grave, pero sincera y cordial como informada por la caridad de Cristo. En oír a sus súbditos cuando hacía como Provincial la visita de las casas, era pacientísimo. A muchos que hubiera podido despachar con dos palabras, dejábalos decir largo tiempo cuanto les parecía, por no quitarles el gusto que en hablarle experimentaban, dando por bien empleadas en eso con unos y con otros largas horas. Si se lo propuso, no lo sabemos; pero cierto que fué semejante su espíritu al del gran Santo de su nombre, San Francisco de Sales.

**P. Pedro Portes.**—Fresca está todavía entre nosotros la memoria del P. Pedro Portes, venerado tanto por sus virtudes como por haber sido padre en el espíritu de gran parte de la Provincia de Castilla y aun de la de España antes de su división.

Es así, que en varios cargos ordenados a la formación religiosa de nuestra juventud empleó treinta y tres años, la mitad de su no corta vida, y casi toda la que tuvo después de haber puesto fin con la tercera probación a la formación suya propia religiosa y literaria. Vió la luz primera en Palma de Mallorca el día 1.º de Agosto de 1819, y hechos en aquella ciudad los estudios de Humanidades y Filosofía, una parte al menos en nuestro colegio, suprimido el año de 1835, pidió la Compañía y fué a comenzar el noviciado en Aviñón, que lo era de la Provincia Lugdunense, el 11 de Mayo de 1839. De allí pasó el año siguiente a continuarlo en Nivelles, siendo uno de los primeros que formaron aquel noviciado; repasó, hechos los votos, la Filosofía en Brugelette, colegio de la Provincia de Francia, en Bélgica; estudió la Teología en Lovaina; y hecha la tercera probación en Tronchiennes dos años después, los cuales tuvo el cargo de ministro y algunos otros en el colegio de Tournay, volvió a España en 1850 y estuvo tres años ocupado en los ministerios con los prójimos, en la residencia de Santander, que el 1.º de Enero siguiente se inauguró. Pero ya en 1853 vino destinado a Loyola, y desde entonces fué quince años consecutivos Maestro de novicios y la mitad de ellos juntamente Rector del colegio; los doce del destierro, de 1868 a 1880, Padre espiritual primero de nuestros estudiantes teólogos refugiados en Laval y de todos después en Doyanne; y los seis últimos de su vida Rector del Colegio Máximo de Oña, donde falleció el 6 de Mayo de 1886.

De él hizo un cumplidísimo elogio el P. Muruzábal al anunciar su muerte a la Provincia. «Sumamente delicado de conciencia, dice, y ejemplarísimo en la observancia de las Reglas, fué siempre modelo de virtudes religiosas, distinguiéndose por su espíritu de fe y acendrada piedad, por su exacta y rendida obediencia, por su humildad sincera, por su caridad atenta, delicada e igual con todos sin excepción, por su amor práctico y nunca desmentido para con la Compañía, de cuyos Santos era devotísimo».

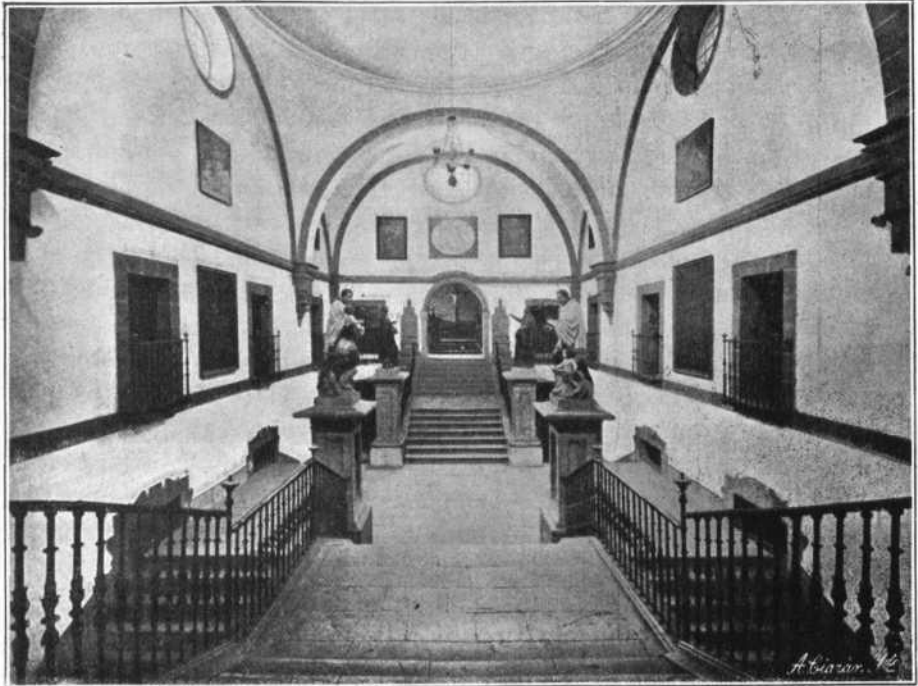
Enumeradas así las principales virtudes que en cuanto religioso le adornaban, toca luego el punto de sus grandes méritos para con la Provincia por los importantes cargos que desem-

peñó, y concluye con lo que más importa, a saber, que en todos ellos «promovió el aprovechamiento espiritual de sus hijos y la disciplina regular con incansable celo, exquisita discreción y especialmente precediendo a todos con ejemplo constante de virtud».

**P. Blas Olano.** -- Algo semejante al P. Portes fué el P. Blas Olano, de gratísima y venerable memoria también entre nosotros, por su santidad y por haber tenido a su cargo trece años con grande aprobación y fruto la formación de los novicios.

Entró ya hombre en la Compañía; pues habiendo nacido en Durango el 1.º de Noviembre de 1825 y estudiado allí, en Bilbao y en Madrid, Gramática, Matemáticas, Física y Química con otras materias accesorias, y seguido los cursos de la Escuela Normal de la Corte hasta tomar el título de Maestro Superior, ejerció ese cargo en su pueblo natal algunos años con el de Inspector u otro parecido de las escuelas de Vizcaya hasta el año 1852, que apenas se abrió en Loyola el noviciado, pasó a él y fué recibido el 29 de Noviembre. Cerrada por el Gobierno la casa de Loyola a poco de hacer él los votos del bienio, se refugió en Francia y estudió Filosofía en Laval, y Teología desde 1857 en Salamanca. Acabada en 1861, fué un año Ministro en Loyola, haciendo al mismo tiempo la tercera probación, y desde el siguiente, Maestro de Novicios en el Puerto de Santa María, juntando luego allí con ese cargo el de Vice-rector primero y después el de Rector hasta la revolución de 1868. Durante el tiempo de la subsiguiente supresión de la Compañía en España estuvo casi siempre en Durango, de Superior de aquella residencia hasta que en 1878, como dijimos en otra parte, volvió a ser nombrado Maestro de novicios en la nueva casa de probación de San Jerónimo de Murcia. Al restablecerse en 1880 la de Loyola, vino aquí con el mismo cargo, que ejerció otros cinco años y dos más el de Rector, pero de uno y otro hubieron de exonerarle los Superiores por su poca salud y especialmente por la debilidad de cabeza que no podía resistir tanto trabajo. Con el más suave de Superior nuevamente de Durango pudo seguir todavía otros doce años, aunque los últimos ya con bastante dificultad, y a fines de 1899 volvió a Loyola, donde falleció a los pocos meses, el 17 de Marzo de 1900.

Fué varón muy espiritual y muy señor de sí para regular todos los movimientos del ánimo, que con esto se mostraba en él siempre igual y apacible, nunca alterado por la ira u otra pasión interna, ni por la sorpresa de acontecimientos ya prósperos, ya adversos. Hacía amable la virtud con su trato, viéndola en él tan amable; y todos, los de dentro y los de fuera,



Loyola. - Escalera principal del colegio (ala derecha).

llevaban de sus visitas esta grata impresión. Tenía tanto cuidado y tanta costumbre de hablar de Dios y lo hacía con tal naturalidad y tan buen modo que aun a tantas personas seglares como le visitaban, rara vez dejaría de decirles alguna cosa espiritual, y rara vez dejaría de ser oído con agrado. Porque practicaba él admirablemente lo que inculcaba mucho a sus novicios: que todas las cosas las mirasen bajo algún aspecto espiritual, y de todas sacasen alguna consideración piadosa que



llevarse a Dios y al provecho del alma, o, como él gráficamente decía, que a todas las cosas les pusieran *sobre*, esto es, las hicieran *sobrenaturales* por la intención, el uso o aplicación de ellas al servicio y gloria de Dios, al bien espiritual propio o al de los prójimos; y este continuo ejercicio, la dulce sonrisa y suave alegría del rostro, con que hablaba, alguna gracia de ingenio, como la ahora indicada, con que sazonaba sus reflexiones, y el aire mismo de hombre espiritual, que tenía, hacía que pareciesen en él esas reflexiones sumamente espontáneas y como nacidas, y que penetrasen y se fijasen hondamente en la memoria y en el corazón.

**P. Juan José Urráburu.**—Hombre de virtud, de ciencia y de prudencia juntamente fué el P. Juan José Urráburu, de dulcísimo recuerdo para cuantos le conocieron y trataron.

Nacido en Ceánuri, provincia de Vizcaya, el 23 de Mayo de 1844, entró en la Compañía el 3 del mismo mes en 1860, después de haber cursado las Humanidades y dos años la Filosofía. Terminado el noviciado, ampliados los estudios de Letras Humanas y transcurrido en León el trienio Filosófico, enseñó tres años Humanidades y Retórica a nuestros jóvenes en Loyola y en Saint Acheul, Provincia de Champagne, a donde tuvo que pasar con sus discípulos el año 68; cursó otros dos Teología en Inglaterra y los dos restantes en Salamanca, e hizo, finalmente, la tercera probación en Larbey, de 1873 a 74. En-



**P. Juan José Urráburu.**

tonces empezó a enseñar Filosofía en Poyanne, y a los dos años Teología; pero en 1878 volvió a tomar la Filosofía, no ya en Poyanne, sino en la célebre Universidad Gregoriana de Roma,

donde la enseñó por espacio de tres trienios consecutivos. En esta enseñanza alcanzó la ciencia filosófica que poseía, y las lecciones allí dadas formaron la base de la gran obra que publicó más tarde. Volvió a España en 1887, y desde entonces, sin dejar de la mano la preparación de sus Prelecciones y del compendio de ellas para la imprenta, estuvo casi todo el resto de su vida ocupado en cargos de gobierno: tres años Rector del colegio de Valladolid; cinco del Máximo de Oña y cuatro del seminario de Salamanca. Para las dos Congregaciones generales que hubo en su tiempo fué nombrado elector: la de Roma en 1883 y la de Loyola en 1892.

De aspecto y de trato era amabilísimo, dando a su natural carácter realce y encanto singulares, la caridad divina con que a todos amaba muy de veras, mayormente a sus súbditos. ¡Con qué bondad y risueño semblante recibía a tantos como en su aposento entraban al cabo del día en Oña, sin la menor muestra de disgusto o contrariedad, por verse interrumpido en la tarea de escribir y preparar para la estampa su obra de Filosofía! Todo cuanto se diga de esta su bondad, suave trato y delicadeza con todos, será, seguramente, poco, en comparación de lo que se pudiera decir. Y no empecía esta su gran bondad a la entereza necesaria para celar por la observancia, en que, además, iba con el ejemplo delante de todos.

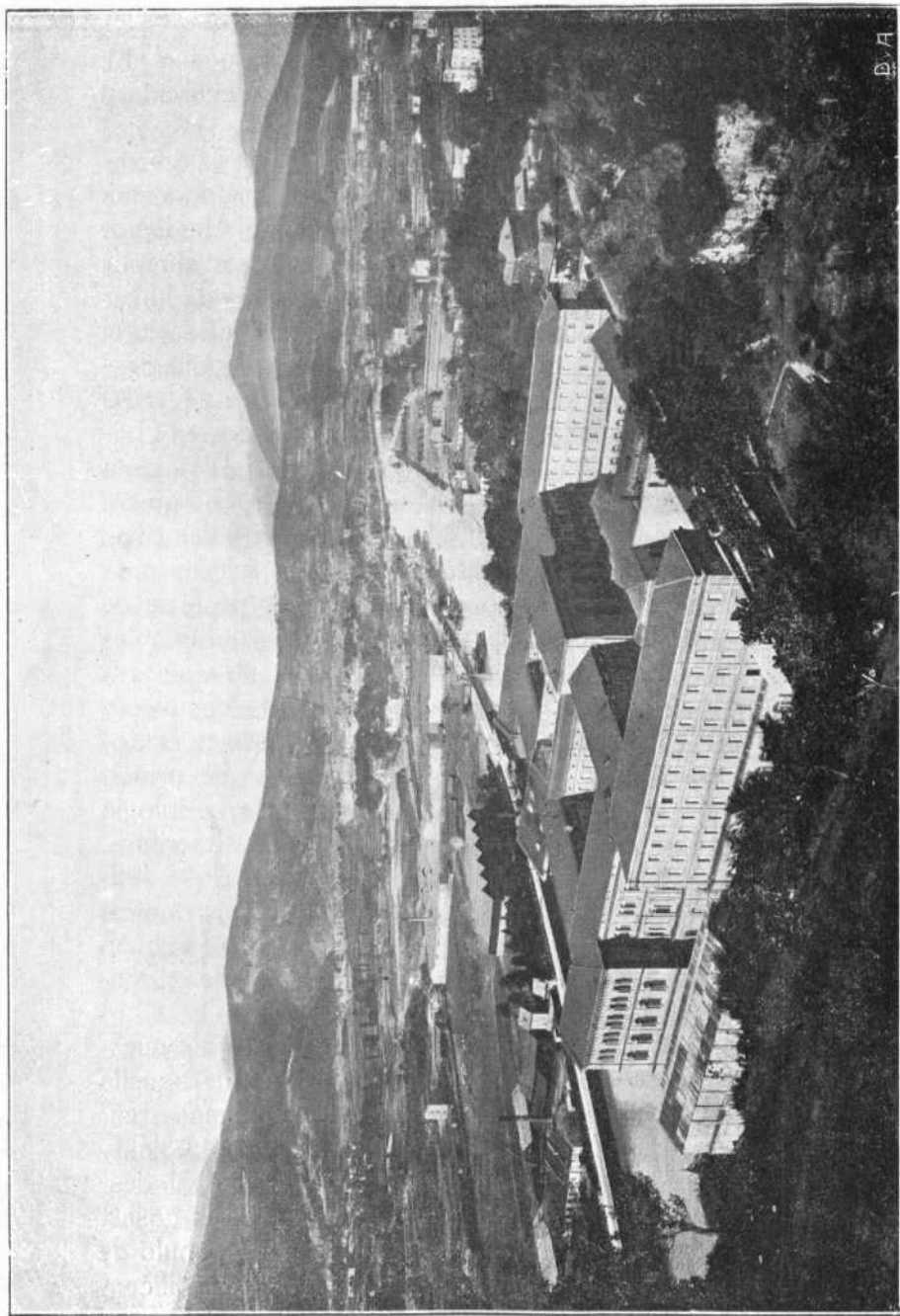
Era hombre espiritual, piadoso y devoto sin afectación, aparato ni exterioridades ningunas. Oímos decir que no dejó nunca de rezar cada día la *Piísima* devoción en honor de la Santísima Virgen para alcanzar buena muerte; y para fomentar el amor de nuestra vocación tradujo del francés la obrita del P. Terrien, titulada: *La muerte en la Compañía de Jesús, prenda segura de salvación*. ¡Con qué estima hablaba del angélico doctor, Santo Tomás de Aquino, y con cuánto espíritu y devoción, de la devoción y espíritu del Santo, que destila con tanta abundancia el admirable oficio del Santísimo Sacramento, obra suya! No creemos que se haya borrado de la memoria de cuantos la oímos la hermosa plática que a todos los estudiantes de Oña nos hizo en alabanza del gran Santo el primer año de su rectorado, y que para más duradero fruto amplió e imprimió después.

Varón verdaderamente amado de Dios y de los hombres,

*cujus memoria in benedictione est.* Murió en Burgos el 11 de Agosto de 1904, a los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de vida religiosa.

**P. Santos Bengoechea.**—Entre los sujetos de este tiempo conocidos por hombres espirituales y de Dios, no podemos omitir al P. Santos Bengoechea, vizcaíno, natural de Abadiano, que entró en la Compañía en Loyola cuando iba a cumplir dieciocho años el 15 de Octubre de 1863, después de haber estudiado Gramática en Durango y Filosofía en Vitoria, en el seminario de Aguirre. En Loyola, Laval y Poyanne siguió después del noviciado todos los estudios, interrumpidos de 1870 a 1873, con un año de magisterio en la Habana y dos en Guichon, junto a Bayona, teniendo por condiscípulos en Teología a los PP. Martín, Abad y al santo P. Manuel Garate, con quien, sin ofensa de la caridad, tuvo, atraído por sus virtudes, más particular amistad y trato. Terminada en 1878 su tercera probación en Manresa, fué destinado a Poyanne como profesor de Teología compendiada; y desde entonces hasta tres años antes de su muerte ocurrida en Enero de 1907, fuera de dos que estuvo en Loyola y Burgos de socio del Maestro de Novicios y Padre espiritual de la casa, siempre tuvo alguna clase en el Colegio Máximo, enseñando en diversos tiempos todas las principales materias de la carrera eclesiástica: Filosofía, Teología Moral, Teología Dogmática y Escolástica y Sagrada Escritura. No era hombre de talento extraordinario, pero sí más que suficiente para el decoroso desempeño de cátedras tan importantes; por lo cual y por haber recorrido tantas materias salió, sí, buen filósofo, buen teólogo, buen moralista, pero no eminente en ninguna de estas facultades.

Tuvo algunos años en Oña la dirección espiritual de nuestros estudiantes filósofos, y desde 1891 la general de aquella numerosa comunidad; y en esta ciencia del espíritu fué más aventajado que en las otras. Sumamente observante de las reglas y de la disciplina religiosa, vivía consagrado totalmente al desempeño de sus deberes, a Dios y a los libros; de otras cosas, y, sobre todo, de noticias del mundo, que son mero pábulo de la curiosidad, nada se cuidaba, y sólo las piadosas y edificantes tenía devoción en saberlas. Era aficionado a la oración, y es



Deusto. — El colegio visto desde el bosque.

fama que sobre la hora reglamentaria daba a ella algunas más, teniendo, a lo que parece, no poca entrada al trato familiar con Dios. Hacia el fin de su vida, ciertamente, después de la misa tenía que retirarse a su aposento a dar gracias para no ser visto, porque le inundaba de lágrimas la abundancia de la consolación celestial. Ayudóle, sin duda, mucho, el fervor concebido en la oración para la gran mortificación que supone su rigurosa guarda de los sentidos y el tenor de su vida constantemente ajustado a la observancia regular.

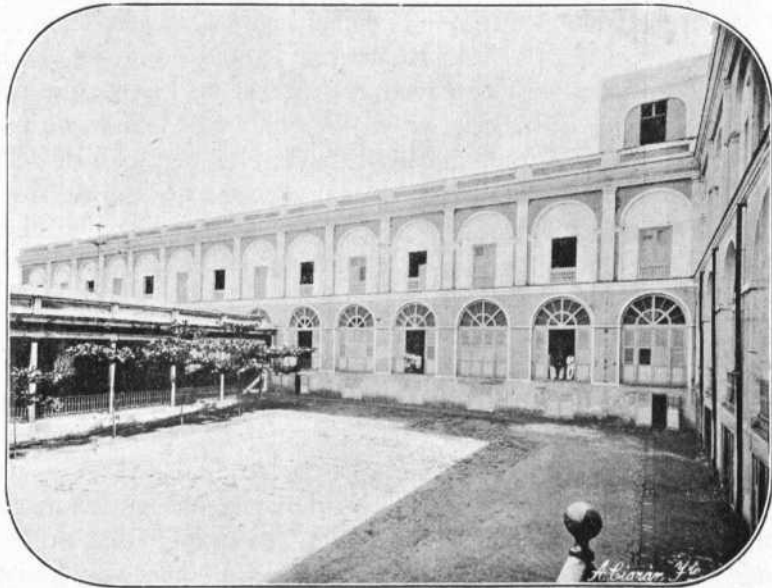
**P. Restituto Ramos.**—También merece mención especial en este libro el P. Restituto Ramos, de Santa María de la Graba en la Provincia de Pontevedra, diócesis de Lugo, que a los veintiséis años, licenciado ya en Derecho y ordenado de presbítero, entró en la Compañía en Loyola, el 7 de Julio de 1864.

Antes de comenzar nuestros estudios se graduó de Bachiller en Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, el año 1867, y, hecha en Larbey la tercera probación de 1873 a 74, fué, poco después, destinado a la enseñanza en el colegio de La Guardia. Trece años estuvo allí, los más con las ínfimas clases de Gramática, algunos con las principales de la facultad de Derecho, hasta que en 1888 pasó a Bilbao y tomó la cátedra de Civil, que desempeñó el resto de su vida, poco menos de veinte años, habiendo fallecido en Febrero de 1908.

En esta asignatura llegó a ser un excelente profesor, cuyo nombre, bien conocido y respetado en la Universidad de Salamanca, donde dan sus exámenes nuestros alumnos de Deusto, hubiera podido brillar en toda España, si no lo estorbara la singular modestia del P. Ramos. Porque, realmente, si su saber era grande a los ojos de los demás, no lo era a los suyos. Era, sin duda, de buen ingenio; pero más que al ingenio debió la mucha ciencia del Derecho, que poseía, a su laboriosidad incansable y no distraída en muchas cosas sino puesta en una: la que la obediencia le tenía encomendada. En esto como en todo era religioso ejemplar; pero descollaba en él una humildad tan sincera y sin aparato, una caridad tan universal y práctica, deseando complacer y servir a todos; que confundía, ganaba las voluntades y aun se granjeaba la veneración de cuantos con él tuvimos la dicha de vivir.

**P. Eusebio Pascual.**—Sólo por no haber vivido en la Península, sino en Cuba, desde que terminó su carrera, ha sonado poco entre nosotros el nombre del P. Eusebio Pascual: que méritos los tiene como pocos, y así queremos con particular gusto darle a conocer a los muchos que no le conocen.

Natural de Étayo, en Navarra, nacido en 5 de Marzo de 1849, y entrado joven en la Compañía el último día del año de 1866, salió de su patria siendo todavía novicio cuando la



Cienfuegos.—Patio interior del colegio.

revolución del 68 suprimió nuestra religión en España. En Angers, noviciado de la Provincia de Francia, hizo los primeros votos, y cursada luego en Poyanne toda la Filosofía, hechos cinco años de Magisterio en los colegios portugueses de Campolide y San Fiel, y estudiada brevemente la Teología, recibió en 1879 las órdenes sagradas, hizo inmediatamente la tercera probación en Manresa y en 1880 fué destinado a dar principio, con otros pocos, al colegio de Cienfuegos. Allí vivió casi veintisiete años, ocupado algunos en la enseñanza y todos en

los ministerios espirituales, cuanto las clases, mientras las tuvo, se lo permitían. Pero su ocupación favorita y más constante fué siempre visitar a los pobres y negros enfermos en los hospitales y en sus casas y chozas, prestarles cuantos auxilios estaban en su mano, consolarlos y principalmente doctrinarlos, confesarlos y disponerlos y ayudarlos a bien morir. Esta asistencia no interrumpida por espacio de tantos años a gente tan pobre, abandonada y repugnante por su suciedad y la de sus viviendas, sería heroica en alto grado, aun prestada con todas las precauciones y cuidados a propósito para evitar lo más posible las molestias inaguantables que lleva consigo. Mas lejos de eso el P. Pascual se mostró avaro de la mortificación y vencimiento de sí mismo que en el ejercicio de tanta caridad encontraba, y lejos de rehuir el contacto de los enfermos, sentábase sobre su misma cama y los estrechaba entre sus brazos mientras los oía en confesión. En semejante actitud, abrazado con un pobre negro cubierto de llagas cuentan que le vió una vez un ilustre General, no ha mucho fallecido, que visitó aquella población, y viéndole no pudo menos de exclamar: «Este Padre es un Santo.»

Brillaba este su fervor y celo con singular resplandor en casos de vómito u otra semejante pestilencia, en que trabajaba sin descanso para servir corporal y espiritualmente a sus pobres y a sus negros, y le sucedía tal vez volver a casa con la ropa hecha una miseria. En cambio con la gente alta no tenía más trato que para pedirles con grande libertad lo que necesitaba para socorrer a los pobres. Y a tal hombre, como alguno de ellos hubo de decir, no se le podía negar nada; había que darle todo lo que pedía.

No es extraño que a su muerte fuera aclamado como apóstol de aquella ciudad, y que por iniciativa del alcalde, a su entierro acudiera toda ella con sus autoridades y bandas de música, la tropa y muchedumbre de gente, no sólo pobre, por la que tanto había hecho, sino también rica y elevada. caballeros y señoras. Falleció el 8 de Junio de 1907, a los cincuenta y ocho años de edad y cuarenta de Compañía.

**P. José Hernández.**—También debemos consagrar aquí un recuerdo al P. José Hernández, hombre abnegado, operario infatigable, heroico en el sufrimiento o, como de él decía el Pa-

dre Abad siendo Provincial y anunciado su traslado a Oña, «valiente soldado de Cristo.»

Nació en Monleras, Salamanca, el día de la Purificación de Nuestra Señora, en 1834, y no pensó en estudios hasta que, teniendo ya veintidós años, se sintió llamado al estado eclesiástico. Entonces entró en el Seminario de Salamanca, donde estudió la Gramática y comenzó la Filosofía; pero en Julio de 1859 la cortó para pasar al noviciado de la Compañía en Loyola. Hechos los votos, siguió el curso regular de los estudios mayores con cuatro años de Magisterio, viniendo a terminar el período de formación religiosa y literaria con la tercera probación en 1873. Cuatro años pasó después en los colegios de Jerez, el Puerto y La Guardia, de Inspector, Prefecto, Ministro, Padre espiritual, con alguna clase y otros cargos adjuntos, y seis, luego, en la misión Centroamericana con los de Maestro de novicios, Vice-superior y Superior también de aquella misión, y, por fin, casi todo el resto de sus días, desde 1883 que volvió a España hasta 1898 en que murió, trabajó en los ministerios con los prójimos en Palencia siendo Superior, y más en Santiago como simple operario de aquella residencia.

En toda su vida religiosa fué hombre enemiguísimo de sus comodidades y dispuesto a aliviar a su costa el trabajo de los demás. En los colegios echaba, con la mayor naturalidad, sobre su carga propia de clase e inspección o prefectura, la de quien, por algún achaque, no podía con la suya, hasta pasar gran parte de la noche velando, por falta de sereno, el sueño de los niños, y durmiendo, lo demás, vestido en alguna camarilla vacía del dormitorio. Privarse de recreos, comer y vestir mal, viajar de un extremo a otro de España sin probar bocado ni apenas moverse del asiento; eso y cosas parecidas, en él no tenían nada de particular, porque «estaba acostumbrado», que era toda su explicación. En Santiago se puede decir que pasaba la vida metido en el confesonario. A las cinco de la mañana ya estaba, hecha su oración, a la puerta de la Catedral, y, dicha la misa, a confesar hasta el medio día o muy cerca, y a la tarde desde las primeras horas hasta la noche.

Su grande espíritu, su extraordinario temple de alma, ya bien probado antes, brilló, sobre todo, en la enfermedad de que



vino a morir. Fué un cáncer en lo interior de la mejilla derecha. Se trató de extirparlo, y teniendo el operador por peligroso el cloroformo aguantó el Padre la dolorosa operación, que duró una hora, con el crucifijo en la mano, sin moverse ni exhalar más quejas que las jaculatorias a él dirigidas. Y el alivio conseguido fué muy pasajero. Al poco tiempo reapareció el cáncer, y se le sometió a nueva operación, menos dolorosa en sí quizás que la primera, porque esta vez le aplicaron el cloroformo durante la mayor parte del tiempo, pero origen y principio de largos y penosísimos padecimientos causados por las heridas mismas, por las curas y por los medicamentos que forzosamente habían de penetrar al paladar y al olfato. A esto se agregó más tarde quedársele cerrada la boca por la tirantez en que las costuras y cicatrices dejaron la mejilla, y consiguientemente no poderse alimentar sino de líquidos. Finalmente, el tumor canceroso se reprodujo entre el cuello y la mandíbula y se fué desarrollando de una manera monstruosa, hasta que acabó con la vida del paciente. Todo esto no pasó en cuatro días; duró muchos meses y en los últimos dijo alguna vez que el dolor casi continuo era tan vivo como el que sufrió en la primera operación.

En tan larga y penosa enfermedad, con tantos y tan acerbos dolores nadie le vió jamás quejumbroso ni abatido, antes siempre de humor festivo, gracejando sobre su mal en cartas y conversaciones, y aplicado al trabajo como si nada tuviera que sufrir. Cuando ni confesar pudo, solicitó muy de veras del P. Urráburu o como él decía «le ofreció sus talentos» para servirle de amanuense, y le sirvió de hecho mucho tiempo poniendo en limpio sus borradores de la Filosofía. En esta ocupación perseveró hasta poco antes de morir. Véase cómo escribía por entonces con su estilo ameno y juntamente espiritual. «*Mi casa de barro, cada vez más ruinosa, como sucede en general con las cosas viejas. Como estoy convencido de que tiene que arruinarse un día u otro, me contento con irla apuntalando, para que la señora pueda morar en ella hasta que Nuestro Señor, que es el verdadero dueño de la señora y de la casa, disponga de las dos lo que más sea de su agrado.*»

Aquella señora nobilísima ataviada con tan ricas joyas de virtudes, dejó la *casa de barro* para volar a los brazos del

Señor en el áureo palacio de la gloria el día 27 de Julio de 1898.

**H. Victoriano López Aceval.**—Del H. López Aceval debiera haberse publicado antes de ahora una noticia biográfica mejor y más extensa de lo que en este lugar es posible darla. Sus compañeros recogieron algunas memorias suyas en un cuadernito que enviaron al P. Aniceto Casado, Maestro de novicios de él y de ellos; pero nada más se ha escrito de su edificante vida. Sin embargo, estamos seguros de que cuantos le trataron, compañeros y superiores, le admiran como uno de los jóvenes más virtuosos que ha tenido la Provincia.

Nacido en Gijón el 23 de Marzo de 1865 y estudiadas allí las primeras letras y el primer año de la segunda enseñanza; los otros cuatro, hasta graduarse de Bachiller, los pasó en el colegio de San Fernando, que tienen en Madrid los Padres Escolapios. Comenzó luego a prepararse para entrar en la Academia de Ingenieros Militares; pero, a los dos años, dejando aquella carrera abrazó la de Medicina, y la siguió en Madrid hasta licenciarse en ella el año de 1887. Inmediatamente, vencida la fuerte oposición de su familia, entró en el noviciado de Loyola el 22 de Julio. Cinco años y medio, no más, vivió en la Compañía, tres en Loyola, uno en Burgos y lo demás en Oña, llamando la atención su tenor de vida a lo Berchmans, modelo que muy de veras se propuso imitar.

Ya en el siglo, a lo menos los últimos años, tenemos testimonio de que era ejemplarísimo: piadoso, grave, modesto y recatado, más de lo que suelen aun los buenos estudiantes que en nada se contaminan con las costumbres pestilenciales de la Corte; y esa ventaja que entonces hacía aun a los buenos de sus compañeros seculares, creemos que la hizo después aun a los buenos de sus compañeros religiosos, principalmente en lo tocante a todo el porte exterior: que sobre el interior del espíritu no es tan fácil formar juicio, y menos establecer comparaciones.

Lo que sobresalió en él, no fué una virtud determinada; sino, como en San Juan Berchmans, un conjunto de prendas naturales, perfeccionadas y realzadas con todas las virtudes, de tal manera, que todo en él parecía juntamente nacido y adqui-

rído, espontáneo y reflejo y el justo medio entre dos extremos difícilísimos de evitar. Gravedad y modestia sin afectación ni rigidez; afabilidad y llaneza en el trato sin degenerar en familiaridad; dulzura sin melosidad; alegría sin disipación en los recreos; conversación siempre espiritual, pero siempre bien traída y nunca pesada sino amena y gustosa; atento y complaciente con todos y en todo, pero sin debilidad.

Sobre este último punto hay en sus apuntes un propósito curioso concebido en términos escolásticos, cuya oportunísima aplicación y gracejo será difícil que conservemos traduciéndolos. «Siempre, dice, y sobre todo los días de vacación, he de haberme como el ser indeterminado, esperando algo que venga a sacarme de esa indeterminación, a saber, la voz de cualquier hermano invitándome á pasear, a jugar o a otra cualquier cosa» (1). No tenía en esto más límite que las reglas, y aun éste sabía su caridad salvarle sin quebrantarlas. Pidióle un discípulo de Filosofía que fuese con él a repasar la lección, porque no la entendía bien, y con alguna explicación suya esperaba entenderla.—¿Tiene usted permiso?—Una respuesta poco explícita le hizo comprender que no, y así le dijo que no se atrevía; pero a los pocos minutos, el H. López era quien, obtenido el permiso competente, venía a buscarle a él, para repasar la lección, como deseaba.

Déjase entender con lo dicho cuán solícito andaba en servir a todos, sobre todo cuando, como en Burgos, el cargo de subbedel le ofrecía más ocasiones y más disimuladas. No todos tenemos ojos para notar ese constante ejercicio de caridad de algunos santos varones, que nunca faltan entre nosotros; pero tampoco faltan quienes lo notan y se edifican y se mueven a imitarlo. Al H. López hubo quien le dijo entre bromas y veras, porque era mucho lo que él trabajaba por no encomendarlo a otros, como pudiera: «Hermano López, eso es abusar del oficio».

Con los enfermos o delicados, valiéndose de su cualidad de médico, sacó licencia para hacer oficiosamente de enfermero; y

(1) «Semper et praesertim in diebus vacationis me habere debeo quemadmodum *ens in genere*, spectans videlicet modum, qui me determinet ad inferiora; nimirum, voluntatem cujuslibet fratris hoc illudve cupientis..»

varios dieron testimonio de la finísima e inagotable caridad con que cuidaba de ellos. «Los actos de caridad de que le soy deudor, escribe uno de éstos, no los diré, porque siendo parte interesada pudiera encarecerlos demasiado. Lo que sí podemos asegurar todos los que a causa de nuestros achaques le trata-



Carrión. — Capilla doméstica.

mos más, es que el uso que hacía de sus conocimientos para aconsejarnos en la salud, le acompañaba con la dulzura de sus palabras y muestras de cariño, hablando rara vez él de su poca salud». Algo más hacía que no hablar de ella, según escribe otro de los que tanto experimentaron su mucha caridad: «Andando en Burgos, dice, en cierto tiempo bastante delicado, tanto que se le hacía bajar a dormir a la enfermería; con todo, su-

bía medio arrastrando y fatigándose mucho (como él mismo me lo dijo) a visitar a algunos Hermanos, que sin duda estaban un poco menos enfermos que él; y como procurador que era, a proveer a otros de lo que necesitaban y le habían pedido.»

En fin, para no multiplicar más casos y testimonios, véase esta otra aplicación que hacía de las facultades extraordinarias que por médico le tenían los superiores concedidas sobre los Hermanos. Unas veces consultado y otras sin serlo, él eximía a los delicados de ciertos trabajos comunes, como barrer, servir a la mesa, etc., advirtiéndoles que corría de su cuenta hacer que fuese otro en su lugar; y lo que hacía ordinariamente era callarse y tomarse aquel trabajo él mismo.

En el conversar tenía grande gracia y discreción para ser a un tiempo espiritual y ameno; y ponía tanto cuidado en juntar ambas cosas, que para mejor saberlo hacer, empleaba a las veces buena parte de la hora extraordinaria, que los domingos dedican los estudiantes a las cosas espirituales, en estudiar el carácter de los Hermanos, sus compañeros de entonces. Véase el principio por que se regía en esta materia: «En el recreo, dice, he de hablar de tal suerte de cosas espirituales, que a las veces cuente alguna anécdota o cosa así; y por el contrario cuando tenga que hablar de cosas indiferentes, he de interpolar alguna consideración espiritual.»

No hay que decir con cuánta diligencia procuraba acopiar en su memoria, con las lecturas ya públicas ya privadas, datos y noticias edificantes y curiosas con que hacer sabrosas y santas las conversaciones. Con preferencia acudía a los *Fastos de la Compañía* para ver lo que aquel día contaban de nuestra historia o de los varones insignes de nuestra religión; y luego en el recreo refería, viniendo bien, lo que había leído. A este libro llamaba *su periódico*; y así con el donaire de la palabra unas veces entraba él a dar cuenta del suceso del día (cien o doscientos años atrás) con un: «¿saben ustedes lo que trae hoy mi periódico?»; otras los mismos compañeros le tomaban por la mano con la pregunta: «H. López ¿que cuenta hoy su periódico?» Con esta y otras industrias promovía las conversaciones santas; pero consta que tenía cuidado de evitar el escollo de tomar en ellas cierto aire de Padre espiritual.

De su amor al sacrificio, alma y vida de la vida espiritual, bastará aducir, como prueba suficiente, un propósito suyo y el testimonio que de su fiel cumplimiento dieron los PP. Santos Bengoechea y Maurilio Cid, sus directores en Burgos y en Oña. Léese en el cuadernito citado, de donde tomamos todas estas noticias, que, oyendo un día el primero de esos Padres cuán bien se retrataba a sí mismo el H. López en aquellas palabras: «No descansaré ni encontraré paz mientras no me aplique muy de continuo a esa vida espiritual, grave, recogida, atenta y sacrificada», añadió él: «sí, sobre todo sacrificada». Y, por su parte, el P. Cid daba fe de que en todo andaba el buen Hermano buscando maneras de mortificarse y sacrificarse más. De sus compañeros recordaba uno, que en el noviciado, hablando de las mil cosas menudas en que se puede ejercitar la mortificación durante las ocupaciones del día, contaba una porción sólo en la media hora que va desde el toque para levantarnos hasta el momento de empezar la meditación. Es bien seguro que estudio tan minucioso no lo hizo para parar en él, ni tanto para provecho ajeno como para el propio. En el noviciado hubo quien observó paseando con él un día de verano cómo aguantó en la cara tres tábanos a un tiempo sin hacer la menor diligencia para echarlos, a pesar de que le estuvieron chupando la sangre y aun llegó a brotar alguna gota de las picaduras cuando se fueron. Caso parecido al que del H. Francisco de Godoy cuenta el P. Luis de la Puente en la vida del P. Baltasar Alvarez.

Con este espíritu de mortificación corría parejas, naturalmente, el espíritu de oración y unión con Dios. En sus apuntes se ve el grande y continuo empeño con que se daba a las cosas espirituales y al recogimiento interior. «He sentido, dice en una parte, lo delicada que es la perfección y cómo hemos de salir de los ejercicios espirituales temblando de ofender a Dios en el torbellino de las ocupaciones y conversaciones, y así me encomendaba en estas ocasiones al Angel Custodio». Y en otra, pintando con muy viva expresión las relaciones que ha de haber entre la vida interior y la exterior, «debo, dice, unir la oración y la acción de esta suerte: las ocupaciones exteriores han de estar sumergidas en el mar de la oración y ejercicios espirituales, no éstos en el mar de las ocupaciones. Ayudárame a esto

el ir a los ejercicios espirituales con gran premeditación y como quien va a su centro, y salir de ellos con gran cuidado y vigilancia como quien va a caminar entre enemigos y peligros.»

Buena prueba será, para quien sepa apreciarla, de la estima que hacía de la oración y recogimiento del alma en Dios y de la preferencia que a esto daba sobre todo lo demás, su práctica constante de no dedicar al estudio sino a la oración y cosas espirituales los ratos libres de que podía disponer, y de emplear, no en repasar la lección o en acabarla de aprender, sino en tratar con Dios el breve tiempo que pasa mientras, dada la señal, van los estudiantes de sus aposentos a visitar al Señor en la capilla y de la capilla a la clase: consejo que recordamos haber oído al santo P. Garate.

De la índole de las cosas brevemente apuntadas pudiéramos referir otras muchas; pero bastarán éstas para dar alguna idea de la virtud del H. López Aceval. Creemos que no habrá entre cuantos le tratamos quien no reconociera en él una gran semejanza con San Juan Berchmans. Para hacer una de las pruebas propias de los novicios, la de asistir a los enfermos en los hospitales, pasó un mes en Vitoria, en el noviciado que allí tenían nuestros Padres franceses de la Provincia de Toulouse; y uno de los que con él fueron de Loyola asegura haberles oído más de una vez a aquellos hermanos: «El Hermano López parece otro Berchmans». De más peso será el testimonio del P. Aniceto Casado, su Maestro de novicios, quien a raíz de su muerte escribía de él estas palabras: «Su modelo era San Juan Berchmans, a quien trataba de imitar en todo, muy particularmente en aquella espiritualidad tan agradable y simpática que sabía infundir en sus palabras y vida exterior. Y no hay duda que fué discípulo aventajado de tan buen maestro y copia perfecta de tan excelente modelo».

Las grandes esperanzas, que con tan buenos principios daba para adelante, vino a cortarlas su temprana muerte; pues falleció cuando estudiaba el segundo año de Filosofía. Enfermó de erisipela el día de Navidad de 1892, y presintiendo pronto que se moría, él mismo pidió los sacramentos y se dispuso con gran fervor para pasar de esta vida, como pasó, el último día y en la última hora de aquel año.

**H. León Gómez.**—Como el H. López el segundo de Filosofía, así murió estudiando el segundo de Teología el H. León Gómez, burgalés, nacido en Castildegado el 11 de Abril de 1878. Fué uno de los alumnos con que se inauguró en Enero de 1892 el seminario de Comillas y el segundo de los que de él han pasado al noviciado de la Compañía. Entró en el de Loyola el 8 de Mayo de 1895, y como en el seminario reciben los jóvenes tan buena formación en las letras y en el espíritu; novicio todavía fué enviado a Burgos en el verano del año siguiente para estudiar la Retórica, y allí hizo a su tiempo los votos del bienio. Terminada en Oña la Filosofía en 1901, volvió a Comillas a enseñar durante cuatro años lo mismo que allí había aprendido, Gramática y Humanidades; y acabado el magisterio, regresó de nuevo a Oña a comenzar la Teología. De atrás venía ya sufriendo ciertos achaques, por los cuales tuvo que tomar alguna vez las aguas de Alzola, y sujetarse en Bilbao a una dolorosa operación; y como a pesar de esos remedios la enfermedad fué adelante y le tenía muy gastado, una fiebre gripal que le sobrevino a principios de 1907 le acabó en breves días el 23 de Enero de aquel año, pocos después que al Padre Bengoechea.

Con ser en lo sustancial tan parecida la virtud del H. Gómez a la del H. López Aceval ¡cuán desemejante era en lo accidental o en el modo de ejercitarla!

Del H. Gómez a ninguno que le conociera habrá pasado por el pensamiento decir que era un San Juan Berchmans. Y es bien seguro que se le pareció mucho en un punto capital: en la exacta observancia de las reglas. Provenía esto de su carácter recto, honrado, incapaz de doblez; pero también incapaz de aquella buena gracia, delicadeza y suavidad maravillosa que forma el distintivo de la santidad de Berchmans.

El de la virtud del H. León era la rectitud seca y descarnada. Véase un ejemplo. Deben los estudiantes de la Compañía, cuando no entienden las explicaciones del profesor o sobre ellas se les ofrecen dudas y dificultades, proponerlas con modestia y preguntar con humildad para quedar bien enterados de la lección. Parecerá a muchos cosa facilísima de cumplir, y tal vez lo será para algunos; pero para otros, acaso los más, observarla



fielmente sin dejar nunca de preguntar lo que no se entiende, por no mostrar que no se ha entendido, exige vencimiento propio, rayano en heroísmo. El H. Gómez, si en una sola lección se



Comillas. — Un patio interior.

quedaba sin entender bien ocho o diez cosas, las preguntaba sin el menor respeto humano una tras otra; y si una misma no la entendía con dos y tres explicaciones, no le importaba insistir

más y más hasta entenderla. ¡Cuántas veces con esto excitaba la hilaridad de los condiscípulos! Pero no por eso desistía de lo que se le representaba como un deber de conciencia.

No se crea por lo dicho que era de cortos alcances; tenía buen talento, aunque no sobresaliente, sino que para quietarse necesitaba ver las cosas con gran claridad.

Ni menos se piense que fuera terco y duro de juicio. En esas mismas ocasiones, mandado callar, ni insistía ni daba muestras de disgusto; y en cualquier otra cosa fué seguramente modelo de docilidad para con los Superiores, sin mostrar la menor repugnancia a sus disposiciones, y tomándolas, conforme a su carácter, al pie de la letra.

Esta inflexible rectitud, que, por el modo de ser suyo, frisaba a veces en rigidez, no hería ni ofendía a nadie, porque todos veían la sana raíz de donde procedía. Lejos de eso, a todos sus compañeros era simpático, y los de buen humor le daban alguna vaya sobre lo que en su proceder había de un tanto tirante, sin daño de la caridad y sin que él se ofendiese por ello.

Finalmente brilló sobremanera su sólida virtud y la energía de su carácter en las enfermedades arriba indicadas; lo primero porque aun enfermo trabajaba como sano, mientras materiamente podía, y lo segundo por el silencio y paciencia con que sufrió las graves molestias y los agudísimos dolores que le causaron. El médico que en Bilbao le hizo la dura operación antes aludida se quedó asombrado de la entereza con que le veía sufrir; y como le dijese algunas palabras animándole para la dura prueba, el Hermano le contestó sin afectación alguna y sin ningún alarde de virtud ni de valor: «De mí no se cuide usted para nada; tengo ofrecidos a Dios mis trabajos y no me importa padecer.»

**H. Martín de la Ascensión Errandonea.**—De los jóvenes escolares y fallecidos entre nosotros todavía novicios, no son pocos los que han dado muestras singulares de fervor en su última enfermedad y muerte, dejando tras de sí ese aroma particular de la flor de la juventud que no resiste, antes cede blandamente y se va de buen grado con la mano que la arranca de esta vida, para transplantarla del erial del mundo a los jardines del cielo. Baste como ejemplo el H. Martín de la Ascen-

sión Errandonea, nacido en Vera de Navarra, de muy cristianos padres, el 4 de Febrero de 1872, entrado en el noviciado a los quince años el 18 de Abril de 1887 y muerto el primero de Enero de 1889.

Tres años antes que él había entrado un hermano suyo, llamado Juan, que murió el de 1898 en el Ecuador, de tisis, como Martín, pero mucho más larga y no menos bien aprovechada para disponerse a una santa muerte. Sólo por haber fallecido fuera de nuestra Provincia, aunque perteneciendo a ella, no hablamos de él más de propósito en esta sección: que bastaría insertar los elogios hechos de él en carta que conservamos por el P. Garate, su Padre espiritual en Loyola y allá en Pifo, para hacer concebir muy aventajada idea de su virtud en toda la vida religiosa, pero sobre todo en los dos o tres últimos años de ella. La muerte prematura de ambos hermanos no bastó para retraer a otro tercero de entrar también en la Compañía, ni a sus cristianos padres para darle de buena gana su licencia y bendición.

Lo que del H. Martín vamos a decir, lo tomamos de una autorizada relación de su enfermedad y muerte que muy poco después de ella se escribió en Loyola.

Año y medio llevaba de noviciado, bueno y fervoroso, pero no de modo que descollara considerablemente por su virtud entre los connovicios, cuando le acometió en Septiembre de 1888 una tisis galopante que pronto amenazó llevarsele en pocos días; mas como no lo entendiera él así a los principios y solo temiera no poder ya continuar en la religión y que por inútil tendrían que despedirle los Superiores, entró en gravísima aflicción. Duróle poco; porque cuando se vió y le dieron a entender que su fin estaba muy cercano, la pena se trocó en avenidas de gozo al corazón y de lágrimas a los ojos por la dicha que lograba de morir en la Compañía. Lleno de agradecimiento al Señor por tan señalada merced, ofrecióle por escrito, aceptándolas muy de corazón, las molestias de la enfermedad y el sacrificio de la vida y le prometió pasar los pocos días que le quedaban con todo el fervor posible. No faltó a su propósito, aunque los días se alargaron más de lo que se podía esperar. Confesóse generalmente, recibió el Santo Viático en la capilla

doméstica, asistiendo toda la comunidad el día de San Francisco de Borja, e hizo privadamente en aquel acto los votos de devoción; y el día siguiente, al empezar la noche, creyendo llegada su última hora por haberle sobrevenido un fuerte vómito de sangre, se le administró la Extremaunción y él se despidió con dulces miradas de los muchos que delante de él fueron devotamente pasando. Quedaba allí su hermano, junior a la sazón, y también se despidió del moribundo con un «Adiós, hasta el cielo», contestado por éste con otro «Adiós, Juan, adiós. ¿Qué quieres para el cielo?»



Carrión.—Capilla del Noviciado.

Y a él y a los PP. Maestro y Ayudante, que estaban a su lado, pidió humildemente perdón de sus faltas. Pero su hermano no pudo hablar más ahogado por la emoción y se retiró llorando, y los PP. tampoco pudieron contener las lágrimas. En todo este tiempo no dejó de la mano, como San Juan Berchmans, el crucifijo, el rosario y el libro de las reglas.

No murió aquel día, ni el siguiente, 12, que especialmente lo deseaba por ser fiesta de la Virgen del Pilar; y desde enton-

ces el mal se estacionó con gran sentimiento suyo, pero también con gran resignación en la divina voluntad y ganancia para para su alma.

Cuatro días después, con la serenidad que de su hermano, se despidió también para siempre de su buena madre. No esperaba ella verle, por no poder entrar en clausura, y mirar como imposible salir él a la portería; sólo para que le viesen sus hermanos menores, que trajo consigo, había venido a Loyola. Pero los Superiores quisieron proporcionarle aquel gran consuelo y con mucho cuidado hicieron llevar a su hijo en un sillón de ruedas a la sacristía de la iglesia. Calcúlese la emoción de sus maternales entrañas al verle. Mas sobrepúsose a ella con varonil entereza, conversó con su hijo un rato, mostrándose no sólo rendida, pero aun agradecida al Señor por aquel bien incomparable de morir él en la Compañía; y con el dolor que puede imaginarse, dándole un beso se arrancó de su lado. El volvió sereno a la enfermería; ella, apenas le perdió de vista, rompió en copioso aunque sosegado llanto.

En los dos meses y medio que aún vivió el enfermo, supo mantener constantemente encendido y sin descaecer el fervor con que desde el principio se propuso aprovechar aquellos últimos días. No se turbó su alma sino un momento al principio, y con todo se confesaba muy a menudo y aun varios días seguidos; preparábase con gran recogimiento para recibir al Señor; dirigía frecuentes jaculatorias a varios santos, cuyas imágenes tenía delante y especialmente obsequiaba y acudía a la Virgen Santísima, y con su devoción se regalaba. Ni un solo día, por fatigado que estuviera, dejó de rezar el rosario y muchos añadió el oficio de la Inmaculada Concepción; renovaba con frecuencia la *Carta de Esclavitud*; gustaba mucho de oír hablar de *la Madre*, y si bien él, porque ni le dejaban ni podía, hablaba muy poco, «pero cuando comienzan a hablar de la Virgen, dijo una vez a su hermano, no me sufre el corazón guardar silencio».

No menos que en estos actos de devoción se mostró fervoroso en otros de mortificación de sí mismo. Pedía a Dios y rogaba a otros que pidiesen para él la gracia de padecer mucho en el corto tiempo que le quedaba de vida; sufrió muy de buena gana las muchas molestias de su larga enfermedad, y entre ellas

sobrellevó sin la menor queja, los dolores causados por las llagas, que de no poderse mover se le formaron en varias partes, añadía otras mordificaciones voluntarias, pequeñas para un sano, pero grandes para un enfermo; y si algún día padecía algo menos de lo ordinario, preguntado qué tal estaba respondía: «Mal, Padre, mal; la Madre no tiene hoy a bien regalarme con trabajos.»

Con este tenor de vida era la edificación de cuantos le visitaban, y se iba purificando, santificando y disponiendo para el último trance, que vió acercársele el último día del año con suma paz y contento. «¡Oh qué dicha, exclamaba repetidas veces; morir en la Compañía, oh que dicha!»

Así pasó placidísimamente al Señor, al amanecer el día primero del año de 1889.

**H. Deogracias López.**—El H. Deogracias López, natural de un pueblecillo llamado Cucho en la provincia de Burgos, entró en la Compañía en Loyola el 29 de Enero de 1865 de veinticuatro años de edad aun no cumplidos, y habiendo vivido en



Orduña.—Salón de actos.

ella más de cuarenta y dos, pasó los treinta y dos en el Colegio de Orduña, tres con el cargo de ayudante de enfermero, y al frente de la enfermería los demás. En la enfermería había comenzado a ocuparse ya cuando el año 68 vino la dispersión, y

desde el siguiente estuvo en la residencia que entonces se formó en Bilbao, hasta el de 75 que pasó a Orduña. A tan poco se reduce la noticia de las ocupaciones y cargos en que le puso la obediencia. Su mérito no vulgar y universalmente reconocido daría materia para largos elogios; pero puede también expresarse en pocas palabras. Observancia, laboriosidad, ánimo siempre igual, ni triste ni alegre, ni abatido ni levantado inmoderadamente, y en más de treinta años de enfermero en un colegio siempre numeroso, nunca descompuesto en obras ni en palabras por las mil impertinencias con que tantos muchachos ponen a prueba la más acrisolada paciencia; caridad inexhausta con todos los enfermos sin distinción para sufrir sus molestias, para atender a sus necesidades, para procurarles todo alivio posible, por muy a costa suya que fuera, como velarlos una noche tras otra; espíritu de mortificación en tomar para sí, pudiéndolos encomendar a sus subalternos, los más humildes oficios con ellos; y todo esto como la cosa más natural, sin esfuerzo que se notara, y mucho más sin alarde alguno de virtud; éstas son las que principalmente resplandecieron en él haciéndole muy querido de todos y su memoria grata y duradera en los muchos que en el colegio le trataron, Padres, Hermanos y alumnos.

**H. Fulgencio Tabernero.**—Del H. Fulgencio Tabernero bastará decir que entró en la Compañía a los 76 años de edad, para que se entienda que es digno de especial memoria.

Era natural de Terrones, alquería en la provincia de Salamanca, y había nacido el 13 de Junio de 1819. Tuvo algunos estudios de Gramática y Filosofía, pero luego se aplicó al manejo de la riquísima hacienda de sus padres, consistente sobre todo en fincas de labranza y pastos; y en edad competente contrajo matrimonio con doña Claudia Vizcay, señora de su misma condición y cristiandad. Tres hijas tuvieron que llegaron a edad de tomar estado, y las dos primeras, una tras otra, se consagraron a Dios en las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, y una tras otra murieron santamente en la flor de la edad. A pesar de eso pensó en seguirles al claustro la tercera, pero después desistió, no espontáneamente, a lo que parece, sino por influjo extraño, aunque no violento, y contraído matrimonio murió tan joven como ellas al año y medio de casada. Poco

después, con ejemplo raro en la historia de las órdenes religiosas, ambos esposos se retiraron, ella al monasterio de la Visitación de Vitoria y él al noviciado de la Compañía de Carrión de los Condes, donde empezó la vida religiosa el día de San Ignacio de 1893. Hechos los votos del bienio, fué poco después destinado a la residencia de la Coruña y de allí en 1902 a Loyola, donde pasó los diez últimos años de su larga vida. Noventa y tres estaba para cumplir cuando falleció el 3 de Abril de 1912.

Opulento hacendado, uno de los primeros de la provincia de Salamanca, hombre profundamente religioso, cristiano rancio y español a la antigua, fué modelo de costumbres y virtudes patriarcales. Entre éstas brilló extraordinariamente su largueza en dar para pobres, para religiosos, para el culto y para toda obra buena y del servicio de Dios. Dádivas de algunos miles de pesetas y aun de duros no eran raras en él, viniendo a sumar sin duda millones las limosnas así hechas aun antes de entrar en la Compañía; porque después casi todas sus cuantiosas rentas las empleaba en diversas obras buenas, con aprobación de sus Superiores; y si Dios no le hubiera dado una nieta a quien por obligación y por amor dejara su pingüe fortuna, seguramente la hubiera distribuído toda, o poco menos, en limosnas y toda clase de fundaciones benéficas y religiosas.

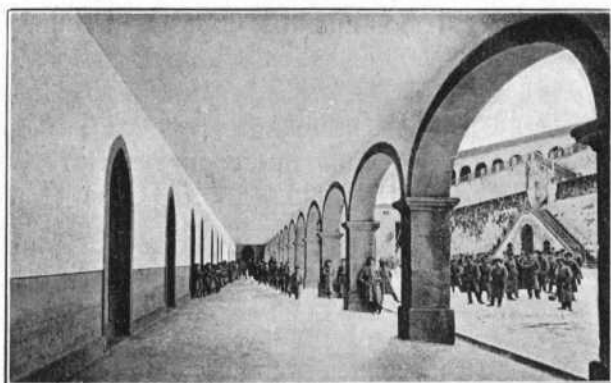
Vivió en la Compañía con grande edificación, ocupándose, mientras los años no acabaron de quitarle las fuerzas, en algunas cosas de casa, propias de los Hermanos coadjutores, y siempre aplicado a ejercicios de piedad y devoción. Y quien entonces mismo, según acabamos de indicar, repartía con tan larga mano los frutos de sus bienes, cuya propiedad conservaba, vivía pobrementemente y contento con su pobreza y sin pretender singularidades que le distinguiesen de los demás de su clase. Lejos de eso, encontramos en un papelillo, que debió de escribir en algunos de los últimos Ejercicios anuales, estos hermosos propósitos: «Elegir lo peor en comer, vestir y todas las cosas. Elogiar a todos, amar a todos y bajarse a todos.»

**H. Raimundo Aguado.**—El H. Raimundo Aguado, recientemente fallecido, en este mismo año de 1914, ha dejado de sí tan buena memoria, que estamos seguros de que, si le pasára-



mos por alto, toda la Provincia echaría de menos su nombre en este libro. Y con mucha razón: porque sin género de duda, ha sido uno de los mejores Hermanos coadjutores que ha tenido la Provincia.

Había nacido en Ermua, en Vizcaya, de padres no mal acomodados, el 19 de Marzo de 1834, y en Mallavia, pueblo de la misma provincia, aprendió y ejerció algunos años el oficio de ebanista, hasta los treinta de edad, que entró en la Compañía en Loyola el 6 de Agosto de 1864.



La Guardia. — Un patio del colegio.

Hechos aquí a los dos años los primeros votos, fué enviado al Puerto de Santa María para trabajar de carpintero en la construcción del colegio, y allí le cogió la revolución de Septiembre de 1868. Pasado a Francia, estuvo un poco de tiempo en Laval; pero apenas se abrió el colegio de Poyanne, fué destinado a él, y en él estuvo hasta que se entregaron las llaves a los ministros de justicia franceses que lo cerraron en 1880. Sólo año y medio, el de 1872 hasta Julio de 73, pasó en Azcoitia cuidando como enfermero al anciano P. José Ramón Lasúrtegui, herido de perlesía, y los diez últimos meses completamente incapacitado. De la grande abnegación con que desempeñó este cargo, dió testimonio el P. José María Garciarena, Superior de la residencia, quien hablando del proceder religioso de sus súb-

ditos, decía que no ocurría cosa digna de mención, como no fuese la constancia del enfermo en llevar su enfermedad, y la paciencia no menor de su enfermero en asistirle, especialmente desde que había perdido la cabeza, dando grande edificación a cuantos lo veían.

En Poyanne hizo los últimos votos el 15 de Agosto de 1874 teniendo ya el cargo de bedel de los Hermanos coadjutores, que ha desempeñado con rara satisfacción de todos, cuarenta años, hasta uno, poco más, antes de su muerte, que la enfermedad y la edad le inutilizaron para todo. De Poyanne vino a Loyola en 1880, y en Loyola ha estado hasta acabar sus días el 16 de Enero de este año. Todos cuantos en estos treinta y tres han vivido algún tiempo en aquella casa, conservarán seguramente en su alma la imagen del H. Aguado, cuyo reposado continente y la dulce gravedad del semblante, realizada por las canas, atraían al mismo tiempo que infundían respeto, porque eran vivo reflejo de la bondad y de la virtud del alma. Edificaba, sobre todo en estos últimos años, verle de continuo andar de una parte a otra para el desempeño de su cargo, a pesar de que una singular torcedura del cuerpo y otros achaques, además de los años, entorpecían no poco todos sus movimientos.

Era hombre de excelentes prendas naturales, si no de ingenio para las letras, que lo ignoramos, ciertamente de seso, prudencia y capacidad para los negocios, en tanto grado, que sin duda hubiera podido ser un excelente Superior.

Con esas dotes naturales corrían parejas las virtudes religiosas propias de su grado: suma docilidad y prontísima obediencia a los Superiores; respeto y consideración, no sólo a los sacerdotes, sino a los simples novicios escolares; observancia regular tan exacta que asegura el Rector del colegio no haberle notado, en los tres años y medio que le ha tenido de súbdito, sino una ligera falta.

## XIX

**Epílogo.**

Dos cosas constituyen, casi exclusivamente, el argumento de este libro, como se indicó en el breve prólogo y se ha podido observar en el texto de él: el desarrollo de la Provincia de Castilla en sí misma, en los sujetos, casas y colegios que la componen; y sus trabajos ordenados a la gloria de Dios y al bien de las almas. No estará de más reunir aquí en dos páginas, para que se abarquen de una ojeada, los datos principales relativos a entrambos puntos.

Cuando en 1863 empezó la Provincia a tener existencia propia, comprendía una extensión inmensa: aquí toda la Península, menos Aragón, Valencia y Cataluña; y fuera de aquí las islas españolas del Golfo de Guinea, las Antillas, y del continente americano todo lo comprendido entre Méjico al Norte, y Chile, la Argentina y el Uruguay al Sur; y para tan dilatado campo no contaba sino con sesenta sujetos en las repúblicas americanas y quinientos en todo lo demás de él. Creció este número considerablemente hasta la revolución de 1868, y siguió creciendo, a pesar de ella, hasta pasar de novecientos en 1880. La división de la Provincia en tres, hecha en Julio de aquel año, reduce la nuestra a poco más de seiscientos y el territorio a Navarra, las Vascongadas, Castilla la Vieja, León, Asturias y Galicia aquí en España; y a Cuba, Centro-América, Venezuela y Colombia allá en América; pero en la mitad del territorio el aumento medio de sujetos cada año es igual y aun mayor que antes en el doble: veintidós en vez de veinte, y así viene a duplicarse y más que duplicarse su número para Agosto de 1914, en que suben de mil trescientos cincuenta.

Pasando a las casas y colegios de las tres épocas, y no tomando ya en cuenta el continente americano ni a Portugal, eran en la primera tres para la formación de sujetos en España: Lo-

yola, El Puerto y León; tres para la enseñanza: Carrión, Burgos y Salamanca; y cinco residencias: Durango, Santander, Sevilla y dos en Madrid. Fuera de aquí estaba la de Santa Isabel en Fernando Póo, y otra, si tal nombre merecía, en lo interior de la isla; y los tres colegios de Puerto Rico, la Habana y Sancti Spiritus. Se añadieron antes de 1868 el colegio del Puerto de Santa María y la residencia de Valladolid; pero se cerró Burgos aquel año, y a poco la revolución lo deshizo todo, menos los colegios de las Antillas. En 1880 subsisten aquellos tres; y aunque se está cerrando el de Sancti Spiritus, en cambio se está abriendo el de Cienfuegos; y en España tenemos de nuevo el noviciado de Loyola; por el de la Victoria, San Jerónimo; por León, a Oña, que se estaba ya disponiendo; recobrados Carrión, Salamanca y San Luis en el Puerto de Santa María, y abiertos nuevamente La Guardia, Sevilla y Orduña: repuestas las cinco residencias de antes y establecidas además las de Bilbao, Tudela, Palencia, Santiago, La Coruña, Córdoba, Jerez y Murcia. Así, pues, omitiendo la del Puerto porque dependía del colegio, y la de Vigo, porque se cerró luego, y contando como una las dos de Sevilla y como dos las cuatro de Madrid, según eran antes, por quince domicilios con que quedamos en 1863, teníamos veinticinco en 1880. La nueva división hecha aquel año deja a Castilla catorce de ellos en España y los dos de Cuba, tomando por uno solo Sancti Spiritus y Cienfuegos; hoy son aquí veintidós y cuatro en aquella isla, y en ambas partes se está levantando uno más.

Con ser tan considerable esta ventaja del número de sujetos y de casas, todavía no representa sino una parte de las bendiciones que, aun en esa materia, ha derramado Dios en esta última época sobre la Provincia.

De 1863 a 1880 no hay diferencia de grande consideración entre las casas habitadas en uno y otro tiempo. Ni Loyola, ni Carrión, ni Salamanca mejoran notablemente en esos años; las residencias tampoco ganan mucho, y algunas nada en casa ni en iglesia; el noviciado de San Jerónimo sí que aventaja al de la Victoria, y más el colegio de Oña al de San Marcos de León, aunque no en todo le iguale; en Puerto Rico, del seminario viejo se ha pasado al colegio nuevo; en el de Belén de la

Habana, si algo se ha adelantado, es poco, y Sancti Spiritus se va dejando sin que en Cienfuegos haya todavía en 1880 más que promesas de edificio nuevo. En cambio, la mudanza en mejor hecha en esta parte desde 1880 es asombrosa.

Todas las residencias eran entonces casas antiguas, ya propias, ya alquiladas; y como hechas para otros fines, estrechas y desacomodadas para los nuestros. Unas no tenían iglesia, trabajando nuestros operarios en una o varias de las que había en la población; otras la tenían cedida por los Prelados para uso exclusivo nuestro; pero todas, o las más, a alguna distancia de la casa. Las de ahora, todas menos una tienen iglesia, casi todas contigua; cuatro son casa y templo de nueva planta, sin contar la de Gijón, que va muy adelante; y las demás, aunque sin estas ventajas, generalmente mejor acondicionadas que las de entonces.

Los colegios de segunda enseñanza corrían parejas con las residencias. Recuérdese que los de Carrión, la Habana y Sancti Spiritus habían sido conventos, Orduña simple externado nuestro antiguamente y La Guardia ni siquiera había sido edificado como éstos para alojar a una comunidad numerosa. Hoy este mismo colegio, a fuerza de obras, es muy otro del que era; Carrión ha ganado también mucho y se presta más al destino de noviciado que ahora tiene que no al de colegio; Orduña y Belén en la Habana pueden decirse nuevos, y Sancti Spiritus desapareció en seguida, renaciendo en cierto modo en Cienfuegos, todo de nueva planta y magnífico. Comillas, Deusto en Bilbao, Valladolid, Gijón, Tudela, Sagua la Grande y Santiago de Cuba son también nuevos y grandiosos colegios, con todos los departamentos propios de los de su clase, amplios y convenientemente dispuestos. Nuevos igualmente y acomodados a su fin son el externado y casa de Ejercicios de Durango y la Escuela Apostólica de Javier. Burgos, antiguo convento, tiene una gran parte toda nueva y lo viejo notablemente acrecentado y mejorado. Oña, monasterio antes, con las pocas añadiduras y muchas y grandes transformaciones interiores, ha venido a ser, sin duda, uno de los colegios máximos que más comodidades tienen en toda la Compañía. Loyola mismo puede decirse que se ha duplicado por la conclusión de una de sus alas, sin acabar

desde la expulsión de Carlos III, y que ha centuplicado sus preciosidades con la renovación interior de las capillas de la Santa Casa.

Período igual de solos treinta y cuatro años y de semejante prosperidad y aumento de una Provincia en número de individuos, en número de casas y en las buenas condiciones de ellas, será raro en la historia de la Compañía.

Por su parte, la Provincia ha multiplicado sus trabajos y los frutos recogidos de ellos, en proporción, aunque no rigurosa, de los sujetos; como vagamente lo indica ya el aumento de domicilios, que no son centros de ocio, sino de actividad



Tudela. — Tránsito junto a la portería.

en toda clase de ministerios propios nuestros. Como para un colegio de segunda enseñanza en todo el centro y Norte de España, el de Carrión, y otro en el Mediodía, el de San Luis en el Puerto, únicos anteriores a la revolución, hay ahora cinco, sólo parte acá del Guadarrama; así el número de alumnos educados en ellos, un año con otro, ha crecido considerablemente. Llegaron entonces a 500 entre los dos colegios; ahora han pasado de 1.000 entre los cinco. Pocos años perteneció el de Andalucía a la Provincia de Castilla, y así podemos prescindir de él en estas observaciones. Los demás, no mal distribuidos por todo su actual territorio, en Galicia, en Asturias, en Castilla, en Navarra y en las Provincias Vascongadas ja cuántos jóvenes han proporcionado educación cristiana en todas esas regiones y las limítrofes, durante más de veinte, treinta y cuarenta

en toda clase de ministerios propios nuestros. Como para un colegio de segunda enseñanza en todo el centro y Norte de España, el de Carrión, y otro en el Mediodía, el de San Luis en el Puerto, únicos anteriores a la revolución, hay ahora cinco, sólo parte acá del Guadarrama; así el número de alumnos educados en ellos, un año con otro, ha crecido considerablemente. Llegaron entonces a 500 entre los dos colegios; ahora han pasado de 1.000 entre los cinco. Pocos años per-

años que llevan de existencia! Pasan de 4.000 los que la han recibido completa hasta el bachillerato, y son muchos más los que sólo parte de los cursos, para eso requeridos, han estudiado en ellos. Semejante cómputo pudiera hacerse sobre los de las Antillas, donde solamente por el de Belén, en la Habana, han pasado más de 6.000 alumnos en los sesenta años corridos desde su fundación. Mucho es, sin duda, aunque no pueda medirse, lo que aquel colegio y los de Sancti Spiritus y Cienfuegos han contribuído para que el clima enervante y otros elementos corruptores de la Gran Antilla no hayan hecho mayores estragos en la fe y en las costumbres de sus habitantes.

Sobre la penosa labor de la educación de la niñez en la segunda enseñanza, ha abrazado en este tiempo la Provincia la más dificultosa aún de seguir formando en las letras, en la religión y en la moral a la juventud universitaria, fundando el Colegio de Estudios Superiores de Deusto para alumnos internos, institución, seguramente, desconocida en la antigua Compañía.

Como la formación del clero en seminarios mayores y menores la tenía ya en 1863 en Salamanca y Burgos, y la continúa todavía en Carrión, Durango y Comillas; puede decirse que con las tres clases de enseñanza, secundaria, superior y eclesiástica, ha extendido su actividad y solicitud a toda la juventud estudiosa, esperanza de la religión, y de la patria, consagrando a este ministerio una gran parte de sus fuerzas. El gobierno, las cátedras y el servicio de los colegios y seminarios, tiene ocupados en España y en Cuba más de 300 sujetos.

Aunque no tanto como en las aulas con la voz, también han trabajado nuestros Padres por difundir en todas partes, por la prensa, la verdadera cultura y las sanas ideas religiosas y sociales. Pásese la vista por la serie de obras que en la Provincia se han publicado y quedan atrás enumeradas, y se verán allí dignamente representados los principales ramos de las ciencias y letras sagradas y profanas: la Teología escolástica y la moral, la Apologética, la Exégesis bíblica, la Ascética, la Filosofía, el Derecho, la Historia eclesiástica, las Matemáticas, la Historia Natural, la Física, el Arte, la Literatura, la Bibliografía y otros diversos. *El Mensajero del Corazón de Jesús* lleva más de treinta años en nuestras manos, siendo una de las primeras pu-

blicaciones de esta clase en España, y desde los principios hasta ahora, de las más divulgadas y de las más fructuosas, sin género de duda, en el campo de la propaganda religiosa. Con esa revista para el pueblo, *Sal Terrae* para el clero, principalmente fuera de las grandes poblaciones, y *Razón y Fe*, en que la Provincia de Castilla tiene tanta parte, para toda clase de personas iniciadas en el cultivo de las letras y las ciencias, se atiende, en general, según nuestras fuerzas, a cuantos más pueden necesitar o desear una publicación católica y periódica acomodada a sus circunstancias. Las hojitas, folletos, libros devotos y de propaganda escritos o reimpresos y divulgados por nuestros Padres, en Madrid antes de 1880 y en Bilbao más tarde, son sin cuento, y se han difundido prodigiosamente, haciendo bien por toda España y los países americanos de lengua castellana.

Al hablar de los ministerios espirituales en el cuerpo de la obra, nada hemos dicho de la constante y fructuosa labor ordinaria de púlpito y confesonario en nuestras iglesias, ni de la mucha parte que nuestros operarios han tenido en el aumento de la comunión frecuente, y aun cotidiana, antes y después de los decretos de Su Santidad, Pío X, sobre esta materia.

Algunos millones de hojas volantes y muchos miles de opúsculos y libros con este tema, bajo diversos títulos, han salido de la redacción de *El Mensajero*, y han sido en gran parte repartidos por nuestros Padres entre toda clase de gentes para promover tan santificadora práctica. El aumento de comuniones en nuestras iglesias lo ven cuantos las frecuentan de muchos años atrás; y lo demostrarán algunos datos sueltos. En la Habana llegó, pocos años después de estar a nuestro cargo la del colegio de Belén, a más de 25.000 el número de comuniones anuales; pero raras veces pasó de 30.000 antes de 1880. Desde 1885 hasta el decreto favorable a la comunión cotidiana, casi siempre pasaron de 40.000, y con el decreto han subido a muchos miles más. En Burgos, el primer año que estuvo abierta nuestra iglesia, llegaron a cerca de 30.000 las comuniones; diez más tarde pasaban del doble; se añadieron 20.000 para cuando salió el decreto, y desde entonces han ascendido de 80 a 125.000. Unas 30.000 eran también en Salamanca por los años de 1880; y también estaban más que duplicadas al cabo



de un decenio, y triplicadas o poco menos en 1905, al publicarse la nueva disposición pontificia. Con ella han aumentado hasta 150.000. Parecido es el incremento en todas nuestras iglesias antes y después, llegando estos últimos años a más de



Santander. — Interior de la iglesia.

200.000 en San Sebastián, y aun a más de 250.000 en Bilbao. Sólo un dato añadiremos a los anteriores. En Santander, solemnizando nuestros Padres el mes de Mayo en una de las parroquias con sermón diario y misa y ejercicios propios todos los días a las cinco de la mañana y concurriendo el pueblo hasta

llenar el espacioso templo, llegaron a repartirse durante todo el mes en 1873 más de 2.600 comuniones, y en 1877 hasta 3.400. Ahora, sólo el día del Sagrado Corazón de 1912 se distribuyeron en nuestra iglesia 4.300, y en cada uno de los meses de Mayo y Junio 17.800 y 18.800 respectivamente.

Para este gran concurso de fieles a comulgar en nuestras iglesias, hacen mucho dos cosas que encuentran en ellas: distribuirse la sagrada comunión con mucha frecuencia, cada cuarto de hora o media hora desde muy temprano hasta que deja de afluir la gente; y haber sin falta uno, dos o más Padres en el confesonario desde las cinco de la mañana hasta muy tarde, mientras haya penitentes. Con esta asiduidad constante en las primeras y en las últimas horas del día, alargadas en los festivos, y más en los de particular devoción, vienen a oír nuestros operarios algunos miles de confesiones al año y a sumar las de todos muchos centenares de miles.

Hemos pasado por alto en los capítulos anteriores diversos ramos y formas de la predicación evangélica en que se ocupan no poco nuestros Padres en nuestras iglesias y fuera de ellas: novenas, triduos, quinaros, septenarios, sermones sueltos y pláticas familiares, que juntos forman un número muy considerable, tienen su fruto propio y contribuyen a conservar y fomentar el de Misiones, Ejercicios y congregaciones piadosas.

De estas congregaciones y asociaciones diversas, se ha multiplicado el número a medida que se han multiplicado las casas y los sujetos de la Provincia. En todo el territorio que ocupaba en 1880 distaban mucho de un centenar; hoy están más cerca de dos, sin contar las meramente catequísticas ni las de carácter social, y comprenden personas de todas condiciones en número crecidísimo, como se infiere de los pocos aducidos en su lugar.

Las misiones contadas en el suyo correspondiente dadas en estos cincuenta años, pasan de 1.700; y no recogimos allí desde el 80 para acá sino las que formaban alguna manera de grupos o series, por haberlas dado continuadamente unos mismos misioneros. Con las demás omitidas por haber sido sueltas, sin lazo de unión unas con otras, pasan mucho, seguramente, de los dos millares, pudiendo considerarse como misionadas, se-

gún aquellos datos, toda Galicia, toda Asturias, toda Navarra, Álava y Rioja, la diócesis de Osma y gran parte de la Provincia de Salamanca, con gran número de poblaciones grandes y pequeñas de Andalucía, de Castilla la Vieja, y también, aunque no tantas, de la Nueva, y muchas de ellas en estos cincuenta años, cuatro, seis, diez y más veces.

De los Ejercicios dados es imposible el cálculo, pero se ve claramente que es el ministerio que más incremento ha ido tomando, hasta llegar, tal vez, a quinientas las tandas de todas clases dadas el último año, y que además de innumerables personas seglares, pocas, relativamente, retiradas en Loyola, Durango y otras partes, muchísimas en Ejercicios públicos, en iglesias nuestras y ajenas, participan de ellos la inmensa mayoría del venerable Clero, y muy gran parte también de las comunidades religiosas.

Al pueblo, además, y, sobre todo, a la niñez, se la instruye en las verdades de la fe por la enseñanza del catecismo en iglesias, escuelas y otros centros semejantes, cuyo número es también considerable y va estos últimos años en conocido aumento.

Así, con la educación de niños y de jóvenes, seglares y clérigos; con la prensa periódica y no periódica, popular y científica; con toda clase de ministerios espirituales y con la intensa labor social de algún tiempo a esta parte emprendida, ha trabajado y trabaja la Provincia de Castilla por labrar y hacer fructificar el pedazo de la viña del Señor encomendado a su cuidado, secundando las miras que el mismo Señor y su Vicario en la tierra, el Sumo Pontífice Pío VII, tuvieron en restablecer la Compañía para todo el orbe un siglo hizo el 7 de Agosto de este año de 1914.

FIN



Santander. - Monumento erigido al Sagrado  
Corazón de Jesús.

# ÍNDICE

	PÁGINAS
A LOS LECTORES . . . . .	5
LA PROVINCIA EN SUS PRIMEROS LÍMITES.	
I.—Los primeros años hasta la revolución (1863-1868). . . . .	9
II.—Supresión en 1868 . . . . .	23
III.—En el destierro . . . . .	33
IV.—Reinstalación de la Provincia en España hasta su división en Castilla, Toledo y Portugal (1868-1880). . . . .	38
V.—Algunos sujetos notables fallecidos en esta época . . . . .	73
VI.—Misión de Fernando Póo. . . . .	94
LA PROVINCIA EN SUS LÍMITES ACTUALES (1880-1914).	
VII.—Formación religiosa y literaria. . . . .	113
VIII.—Los colegios. . . . .	133
IX.—Estudios eclesiásticos . . . . .	160
X.—Residencias . . . . .	177
XI.—Ministerios espirituales . . . . .	191
XII.—Tres misioneros insignes . . . . .	208
XIII.—Ejercicios de N. P. San Ignacio . . . . .	221
XIV.—Congregaciones piadosas . . . . .	240
XV.—Ministerios varios . . . . .	252
XVI.—Con los obreros . . . . .	262
XVII.—Instituciones científicas, libros y publicaciones periódicas .	274
XVIII.—Noticias biográficas . . . . .	309
XIX.—Epílogo . . . . .	357

# APROBACIONES

---

Imprimi potest.

*Petrus Bianchi, S. J.,*  
*Praepositus Provinciae Castellanae.*

Nihil obstat.

*Mathias Ibinagabeitia, S. J.,*  
*Cens. Edes.*

Imprimatur.

*Prudentius,*  
*Episcopus Victoriensis.*







G-10189

Provincia de Castilla de Jesús (1863-1914).